

CÓMO VIVIÓ
Y MURIÓ FELIPE II

POR

UN TESTIGO OCULAR

MADRID

1937

tit. 64338

FRAY JOSE DE SIGÜENZA

D600

A

CÓMO VIVIÓ Y MURIÓ FELIPE II

POR

UN TESTIGO OCULAR

+ 64338

C. 1084716

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA

CÓMO VIVIÓ Y MURIÓ FELIPE II

POR

UN TESTIGO OCULAR



MADRID

APOSTOLADO DE LA PRENSA

SAN BERNARDO, NÚM. 7

1928



R.54525

FRAY JOSÉ DE SILENCIA

CÓMO VIVió Y MURIó FELIPE II

POR

UN TESTIGO OCUJAR



MADRID

APOSTOLADO DE LA PRENSA

SAN BERNARDO, N.º 7

Fray José de Sigüenza, nacido en 1544, escribió la *Historia de la Orden de San Jerónimo con tal galanura de estilo, que Menéndez Pelayo no dudó en colocarle entre nuestros primeros clásicos. En ninguna parte de su obra mostró más sus conocimientos lingüísticos y su arte de narrador, como en la descripción que hizo del Real Monasterio de El Escorial, que él vió construir desde los cimientos a la cumbre. Pero este trozo preciosísimo de la literatura española, no es sólo un modelo acabado de gusto y bien decir, sino, además, un fragmento de historia de primer orden; y singularmente, de la vida religiosa y edificantísima muerte de aquel gran Monarca, el Rey Felipe II, tan calumniado y mal comprendido. Es un verdadero diario de su vida, desde que comenzó a reinar el año 1556 hasta que expiró en 1598, con la particularidad que su autor fué testigo de vista de todo cuanto narra.*

Para solaz de los amantes de las buenas letras, de los admiradores del Rey Prudente y edificación de cuantos lo leyeren, hemos querido dar a luz este diario, entresacado de la magna obra del castizo fraile jerónimo.



I

Sucede Felipe II a su padre. Gana la batalla de San Quintín y determina edificar el Monasterio de El Escorial.



DESPUÉS de retirado el invictísimo Emperador Carlos V en el Monasterio de San Jerónimo, de Yuste, y hecha aquella tan ilustre hazaña, que fué como la corona de otras muchas de su vida, Felipe II, su hijo, que a la sazón era de veintinueve años de edad, recibió el gobierno de estos reinos, que le tocaban por heredad legítima. Había quedado a esta sazón en Flandes para entender en las cosas que convenía a aquellos Estados, hallarse cerca del nuevo reino de Inglaterra, proveer a los unos y a los otros y asentar, si fuese posible, alguna manera de paz y de concordia entre él y el Rey de Francia; pretendía esto la Reina de Inglaterra con muchas veras, porque con estas paces pudiese sosegarse un poco la cristiandad y entender con más quietud en la restauración perfecta de la

religión y fe de aquel su reino, que con el nuevo casamiento de Felipe se había comenzado. Juntáronse para ello los procuradores de una y otra parte, y después de haber tratado muchas cosas sobre el derecho del Estado de Milán, no se hizo nada; comenzó de nuevo a encenderse la guerra; pretendió el francés otra vez ir sobre Nápoles, envió al duque de Guisa para esto con un grueso ejército; por otra parte, comenzó a fatigar a algunos pueblos de Flandes, de suerte que antes que se acabasen los cinco años que estaban asentados de treguas, ya estaba todo ardiendo en guerras. Envió el Rey Don Felipe a Filiberto, duque de Saboya, por general de un grueso ejército para que entrase en las tierras del enemigo, le divirtiese de Flandes y le pusiese en necesidad de volver a defenderse. Puso el duque con extremada diligencia su gente sobre San Quintín y apretóla bien. El francés mandó a Memoransí, condestable, que fuese contra el duque de Saboya, con treinta y dos banderas de infantería y cinco mil caballos y muy buena artillería, catorce piezas gruesas de batir y muchos cañones de campaña. Ordenó que divirtiesen a los del cerco los suyos con algunas escaramuzas, para que entre tanto pudiese él poner socorro dentro de la villa. El duque, entendido el designio, sin darles lugar a esto, les salió al encuentro; llevaba en su campo buena copia de herreruelos y escogida infantería de españoles y caba-

llos de alemanes; acometieron a los franceses con gran ímpetu, comenzóse una batalla reñida, aunque duró poco en señalarse la victoria por la parte del Rey Felipe, desbaratóse la gente de caballo, turbarónse los escuadrones franceses, rompieron las compañías de la infantería, volvieron las espaldas sin poder resistir la fuerza, y en el alcance murieron casi todos o quedaron cautivos, rendidas por muchos de ellos afrentosamente las armas. Prendieron al condestable con un hijo suyo y otros muchos señores de la nobleza de Francia; perdióse a vueltas toda la artillería y fué grandísima la presa de los despojos y cautivos, porque no quedó bandera que no viniese a manos de la gente de Felipe. Con esta tan insigne victoria y con otras muchas que a todos son notorias, había Dios declarado bien cuán injusta causa era la del Rey de Francia, sino que no quiso abrir los ojos. Iba el Rey Don Felipe acercándose a su campo, y antes que llegase le encontró la nueva, trayéndole luego delante al condestable y a los otros caballeros que habían sido presos en la batalla. Fué esta la primera de las victorias que tuvo Felipe II, y acertó, por celestial acuerdo, a ser en 10 de agosto, fiesta del glorioso mártir San Lorenzo, español, a quien desde su niñez tuvo este piadoso príncipe singular devoción; entendió que un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor e intercesiones en el cielo, y así, desde

aquel punto, concibió en su pecho un alto propósito de hacerle algún señalado servicio. Parece que desde allá aceptó luego el glorioso mártir el santo propósito y píos intentos, porque le fué favoreciendo abiertamente en todas sus empresas. Los de San Quintín, aunque vieron la rota del condestable y quedaron desamparados de socorro, no desmayaron, animados con el valor del almirante de Francia, que mantenía la fuerza, fiados en el fuerte sitio y en la buena gente y artillería que tenían dentro. Todo aprovechó poco. Apretóse el cerco, y al fin se entró la ciudad por fuerza de armas, a 26 días del mismo mes de agosto, el año 1554. Hallóse dentro mucho despojo y fué preso el almirante con otros muchos caballeros y llevado en guarda a la Esclusa, villa de Flandes, de suerte que dentro de quince días tuvo el Rey de España dos muy claras y señaladas victorias del Rey Enrique de Francia, una en batalla campal y otra en el combate y expugnación de una tan importante fuerza, presa y cautiva la más ilustre sangre de Francia, y entre ellos dos tan grandes Príncipes como el condestable y el almirante. Aquí acabó de confirmarse nuestro Felipe en sus altos designios; entendiéndose claro el patrocinio de su Santo, propúsose edificarle un templo, sin descender a otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, como algunos, sin saberlo bien, han osado afirmar y sacarlo en público.

Desde la primera victoria, que fué día de San Lorenzo, el año 54, hasta este del casamiento de nuestro Rey, que era el de 59, fueron las cosas de Felipe creciendo de bien en mejor, hasta venirse a apaciguar del todo aquellas guerras, que desde los Reyes Católicos apenas habían tenido treguas entre España y Francia hasta este punto. El hacimiento de gracias de Felipe por todos estos favores no fué para que se rematase en un día ni siete, ni parase en sólo el nombre; propuso con mucha resolución edificar un ilustrísimo templo al mártir español, que fuese tan famoso en todo el mundo, como su glorioso nombre; donde de día y de noche se celebrase su memoria y se hiciesen y diesen a Dios para siempre bendición y gracias. Este fué el primer motivo y el despertador para venirse a levantar esta tan ilustre fábrica; así lo afirma su mismo fundador en la carta de dotación que ordenó de ella, como se verá después por sus mismas palabras. Lo demás que toca a estos negocios de Flandes, la benignidad y largueza que Felipe usó con los presos vencidos y muertos, ya otros han tratado de ello; para mi propósito basta esto.

Murió el año 58 el nunca vencido Emperador Carlos V en el Monasterio de Yuste; en el codicilo postrero que allí ordenó dejó a la voluntad y parecer de su hijo Don Felipe todo lo que tocaba a su entierro, lugar y asiento de sepultura; y de la Emperatriz doña Isabel,

su mujer, y la disposición de los aniversarios y memorias que para siempre se habfan de hacer por sus almas; llególe de todo esto la nueva triste estando en Flandes, y con ello propuso y cerró del todo en su pensamiento que el templo que tenía determinado levantar a honra de San Lorenzo fuese un monasterio de la Orden de San Jerónimo, que juntamente fuese sepultura digna de tal Emperador y padre y una Emperatriz tal como Doña Isabel, su madre, y que después también lo fuese suya, de sus carísimas mujeres e hijos. Porque ninguno piense que yo los adivino o los invento, será bien que se los oigamos decir con sus mismas reales palabras al fundador, que nos manifestó sus pensamientos en el principio de la carta de fundación de este convento; después de los títulos comunes, dice así:

«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor hemos recibido y cada día recibimos, y cuanto Él ha sido servido de encaminar y guiar los nuestros hechos y los nuestros negocios a su santo servicio y de sostener o mantener estos nuestros reinos en su santa fe y religión y en paz y justicia: Entendiendo con esto cuánto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo nombre se bendice y alaba, y su santa fe con la doctrina y ejemplo de los religiosos

siervos de Dios se conserva y aumenta, y para que así mismo se ruegue e interceda a Dios por nos y por los Reyes nuestros antecesores y sucesores y por el bien de nuestras ánimas, y la conservación de nuestro Estado real, teniendo asimismo fin y consideración a que el Emperador y Rey, mi señor y padre, después que renunció en mí estos sus reinos, y los otros sus Estados, y se retiró al Monasterio de San Jerónimo, de Yuste, que es de la Orden de San Jerónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina, mi señora y madre, habían de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados y por sus ánimas se hagan y digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones y memorias: Y porque otrosí nos hemos determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, juntamente con el de la serenísima Princesa Doña María, nuestra muy cara y amada mujer, que sea en gloria, y de la serenísima Reina Doña Isabel, nuestra muy cara y amada mujer, que asimismo tiene determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de llevársela, de ser enterrada juntamente en el dicho Monasterio, y que sean trasladados

los cuerpos de los Infantes Don Fernando y Don Juan, nuestros hermanos, y de las Reinas Doña Leonor y Doña María, nuestras tías. Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el Monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa de El Escorial, en la diócesis y arzobispado de Toledo: el cual fundamos a dedicación y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devoción que, como dicho es, tenemos a este glorioso Santo. Y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad, de Dios comenzamos a recibir. Y otrosí le fundamos de la Orden de San Jerónimo, por la particular afición y devoción que a esta Orden tenemos y le tuvo el Emperador y Rey mi señor. Y además de esto, hemos acordado instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las artes y santa Teología, y que se críen e instituyan algunos niños a manera de Seminario, etc. Todas las cuales obras esperamos en Dios serán para su santo servicio, y de que se conseguirá y resultará mucho fruto y beneficio al pueblo cristiano, etcétera.»

Bien claro queda con esto lo que hemos dicho, y con harta fuerza la verdad de todos los motivos.



II

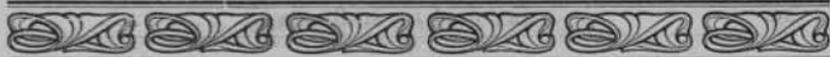
*Vuelve el Rey Don Felipe de Flandes a España;
escoge sitio para la Corte y el Monasterio.*

EL mismo año 1559 envió el Rey Don Felipe a llamar a su hermana Margarita de Austria, duquesa de Parma, viuda, por muerte de Alejandro de Médicis, duque de Florencia, y a la sazón casada con el duque de Parma, Farnesio Octavio, pretendiendo dejarla por gobernadora de los Estados de Flandes; vino esta señora a Gante por el mes de agosto, donde la salió a recibir Felipe con gran acompañamiento (de las cosas de estos Estados no tengo que tratar, pues no es mi oficio); entrególe el gobierno y partió para España, haciendo su viaje con viento tan próspero, que llegó en brevísimo tiempo a Laredo. Aquí también pienso que le ayudó su mártir San Lorenzo, y los altos propósitos que traía de servirle, pues fué cierto que si un día se tardara fuera mucha ventura que es-

capara hombre, por despertarse en la mar la más furiosa tempestad que habían visto los moradores de aquellas riberas. Luego trató nuestro Felipe de poner en ejecución sus buenos propósitos: comenzó lo primero a poner los ojos dónde asentaría su Corte, entendiendo cuán importante es la quietud del Príncipe y estar en un lugar para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazón del cuerpo grande del reino. Contentóle sobre todo la villa y comarca de Madrid, por ser el cielo más benigno y más abierto, y porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes los negociantes de sus reinos y proveer desde allí a todos ellos; razones que es bien las miren los Reyes, pues no se hicieron los reinos para ellos, sino ellos para el bien de su reino, y así están obligados a mirar más las comodidades comunes que los propios gustos, dejando aparte que aun para éstos ninguna villa o ciudad de España es más a propósito. Tras esta determinada resolución, miró lo segundo, dónde estaría bien asentada la fábrica que traía en su pecho. Pretendía siempre que fuese propia casa de San Jerónimo, que estuviese fuera y aun lejos de poblado, donde los religiosos ni tuviesen quien los estorbase la quietud de su contemplación, y cuando él quisiese retirarse del bullicio y ruido de su corte, el lugar mismo le ayudase a levantar el alma en santas meditaciones, de que no tenía

poco ejercicio y gusto. Por esto le parecía bien el sitio del Monasterio de San Jerónimo, de Guisando; iba allá algunas veces; holgábase de ver aquellas montañas y peñas vestidas de diversas plantas, más hermosas que Salomón en toda su gloria. Estuvo allí algunas Semanas Santas, vió que la aspereza del sitio no podía dormirse fácilmente, ni había llano ni suelo en toda aquella sierra donde cupiesen sus designios. También se le hacía la distancia de allí a Madrid larga, porque quería tener más a la mano y familiar el oratorio de su retraimiento. Inclínose otras veces a aquellas laderas de las cuevas que están como a repecho de Madrid, en el Real de Manzanares. No se halló allí tampoco cosa que satisficiera; tratóse si sería bien ponerla en Aranjuez: halláronse muchos inconvenientes, que no importa referirlos. Resolvióse al fin que en medio de estas dos distancias, entre el Monasterio de Guisando y entre el Real de Manzanares se buscara un buen sitio donde se señalara la planta del edificio; encargólo a diversas personas que podían tener parecer en esto, filósofos, médicos y arquitectos. Pasearon las faldas y laderas de estas sierras y, mirando las calidades y partes de uno y otro sitio, conforme a la doctrina de Vitrubio, autor de excelente juicio en el arte, se fueron siempre resolviendo en éste donde ahora está sentada la casa. No se contentó Felipe con la relación que otros le dieron de este

sitio, quiso él mismo verlo y considerarlo; las veces que se iba a retirar a Guisando la Semana Santa, iba y venía por esta misma parte, y así se fué certificando era el mejor que en el contorno de la comarca de Madrid se podía hallar.



III

Comiènzase a fundar la casa de San Lorenzo el Real.

Pasa el Rey en Guisando la Semana Santa.

LUEGO, el año siguiente de 1562, se determinó el Rey a dar principio a la gran fábrica, y para que desde luego los religiosos de la Orden de San Jerónimo comenzasen a servir en ella, y las cosas se fuesen haciendo a su modo y él pudiese gozar de su conversación y manera de vivir, recogida, devota y honesta, acordó que viniesen luego algunos al lugar de El Escorial, y desde Madrid escribió esta carta al vicario de Guisando:

«El Rey. Devoto padre vicario: Entendido he que el padre General de vuestra Orden os ha proveído del cargo de vicario del Monasterio de San Lorenzo, de que hemos holgado, con el contentamiento y satisfacción que tenemos de vuestra persona, y porque ya hemos provisto del oficio de contador y veedor de las obras

del dicho Monasterio a Andrés de Almaguer, y tenemos acordado que vos y él vayáis al lugar de El Escorial y entendáis en comprar y prevenir algunas cosas, para que se pueda dar principio a la fábrica de que se os dará memoria; os encargamos os desembaracéis y desocupéis de lo que en esa casa de Guisando tuvieris que hacer, con la misma brevedad que buenamente podáis, para que cuando yo os mandare avisar os partáis al dicho lugar de El Escorial, y tendréis prevenido un fraile que vaya y ande en vuestra compañía, que sea hombre de buena edad y hábil y diligente, que os pueda ayudar y descansar en algo, y habéis de avisarnos para cuando penséis estar desocupado de ahí, que en ello seremos servido. De Madrid, a 6 de marzo de 1562. *Yo el Rey.*

Respondió el vicario con humildad que estaba siempre aparejado para lo que Su Majestad fuese servido. Llegóse luego la Semana Santa, fué el Rey a tenerla al mismo Monasterio, acompañado del duque de Alba, el prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, el marqués de Cortes, D. Francisco de Benavides, marqués de las Navas y el de Chinchón y otros caballeros; llevó consigo a Juan Bautista de Toledo, arquitecto mayor, que ya a este tiempo iba haciendo la idea y el diseño de esta fábrica; hombre de muchas partes, escultor y que entendía bien el dibujo; sabía lengua latina y grie-

ga, tenía mucha noticia de Filosofía y Matemáticas; hallábanse, al fin, en él muchas de las partes que Vitruvio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la Arquitectura y llamarse maestros en ella.

Estuvo el piadoso Príncipe recogido aquellos días santos, hasta el segundo día de Pascua de Resurrección, en mucha oración y meditación, rogando a Dios conservase sus Estados en su santa fe y obediencia de la Iglesia y no permitiese que en sus días se viese en ellos, principalmente en España, lo que pasaba por el reino de Francia, lastimado y dividido en bandos, sectas, guerras, sangre, y que las cosas del Concilio, que a la sazón se estaba celebrando en Trento, tuviesen aquel fin que toda la Iglesia católica deseaba; todo parece que se lo otorgó nuestro Señor, hablándole muchas veces solo en aquellas cuevas y ermitas, donde sabía que tantos siervos de Dios habían habitado, y recibía con aquella memoria mucho consuelo, porque de su natural era inclinado a las cosas de piedad y religión.

Con estas buenas prevenciones partió de allí y vino a este sitio de El Escorial; mandó que viniese con él el vicario fray Juan del Colmenar, acompañándole dos religiosos de la misma casa: llamábase el uno fray Juan de San Jerónimo, fraile humilde, devoto, aplicado a las cosas de dibujo y de trazas, y tuvo el libro de la razón,

junto con el contador Almaguer; el otro se llamaba fray Miguel de la Cruz, para que fuese como procurador y atendiese a las cosas temporales y provisión de lo que fuese menester, entrambos sacerdotes y de mucho ejemplo. Tornó Su Majestad a mirar el sitio, estuvo un día en El Escorial y paseó las dehesas del contorno; volvióse a Madrid, y los tres religiosos quedaron aposentados en la casilla de un aldeano, estrecha y pobre, que aunque se escogió por buena, el pueblo era tan miserable, que la mejor no valía nada, fuera de la casa del cura, que sirvió muchas veces de palacio al Rey Don Felipe.

De allí a pocos días tornó Su Majestad, acompañado con los mismos que arriba dijimos, trayendo consigo a su arquitecto Juan Bautista de Toledo, que tenía ya hecha la planta de los principales miembros del edificio, aunque se fué siempre puliendo y mejorando, procurando se pusiesen lo más acomodado a los usos y menesteres, que es dificultoso acertar de la primera vez tantas cosas. Mandó Su Majestad que se acordelase el sitio y se pusiesen las estacas por donde habían de abrirse los cimientos, y lo que hasta allí había sido majadas de pastores pobres, mudó el estado y el nombre y se llamó sitio del Monasterio de San Lorenzo el Real.

Por obrero general, debajo de cuyo gobierno se había de ejecutar todo, vino, o trájole Dios, fray Antonio de

Villacastín, religioso corista, que es en esta Orden un estado medio entre sacerdote y hermano lego, profeso de la Sisla de Toledo, de quien hice memoria cuando traté del aposento que se hizo en el Monasterio de Yuste, cuando se retiró allí el Emperador Carlos V; fué también en aquella fábrica el obrero; teníase ya alguna noticia de su entereza y valor, aunque nunca se pudiera imaginar que en un hombre, al parecer de todos basto, sin letras y de pocas palabras, se encerraran tantas virtudes juntas.

A 23 de abril del año 1563 se puso la primera piedra. Hicieron luego relación de esto al Rey Don Felipe, holgóse mucho; determinó que luego aquel verano se asentase la primera y fundamental piedra del templo, con la solemnidad y ceremonias santas que la Iglesia tiene determinadas. Partió de Madrid acompañado de los caballeros y criados de su casa que hemos dicho, trayendo también consigo a don fray Bernardo de Fresneda, su confesor, Obispo ya a esta sazón de la iglesia de Cuenca, religioso de San Francisco, y a fray Francisco de Villalba, su predicador, profeso de San Jerónimo, de Zamora; llegó a El Escorial y determinó que el día de San Bernardo, 20 de agosto del mismo año de 1563, se asentase la primera piedra. Subió al sitio este día, a las tres de la tarde, acompañado del prior, fray Juan de Huete, del vicario y todos los demás religio-

sos, oficiales y maestros de la fábrica. Estaban aderezados tres altares en la parte señalada, donde se había de edificar la iglesia. Hízose también un sitial donde estaba sentado el Rey en tanto que se hacía el oficio. Vestido el Obispo de Pontifical, comenzó aquellas santas y divinas ceremonias, que sería bien no las ignorásemos tanto los cristianos, a lo menos los que nos preciamos, como dicen, muy del asa y de la casa de Dios, pues están tan llenos de misterios.

Quiso también el prudentísimo Príncipe que se hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó a ellos de este socorro y abrigo que a sí mismo de aposento. Alquilóse una casilla, la que pareció más a propósito para esto, donde se pusieron diez u once camas, y como fué creciendo el número de la gente, se fué aumentando, hasta que después creció tanto que vino tiempo que llegó a tener más de sesenta, donde eran tan bien servidos que muchos con sólo el regalo y limpieza, sin más medicinas, sanaban. Consideraba el santo Rey que esta no era gente forzada ni pagana, no gebuseos ajenos de la casa de Israel, como lo fueron muchos millares de hombres que trabajaron en el antiguo templo de Salomón, sino cristianos que aquí con el sudor de su rostro ganaban el sustento de sus vidas; mirábalos como a propios hermanos, no permitiendo

que los importunos sobrestantes los sacasen de su paso, sino que fuese lo que ganaban más limosna que jornal, como en la verdad lo ha sido siempre, y aun es la causa de que la obra como tan adepta a Dios haya tenido tal fin.



IV

Piedad y devoción del Rey.



porque se vea de cuán humildes principios se fué levantando todo esto, y de camino se conozca la insigne piedad y devoción del Rey Don Felipe, diré brevemente el estado que en este año de 63 tenían las cosas. Era la casilla en que los religiosos vivían harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas; escogieron un aposentillo para capilla; el retablo fué un Crucifijo de carbón pintado en la misma pared de mano de un fraile que sabía poco de aquello; tenía por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas; la casulla y el frontal eran de una cotonía vieja, y aquí celebraban sus sacrificios los religiosos, y con poco mejor estado estaba el palacio del Rey.

Acudía algunas veces desde El Pardo, que como estaba cerca, cuando no cataban, le veían allí con cuatro o cinco caballeros no más; aposentábase en casa del cura y sentábase en una banqueta de tres pies hecha

naturalmente de un tronco de árbol, que la vi yo muchas veces cuando iba a oír misa a esta capilla que dije; porque estuviesen con alguna decencia, rodeaban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer, el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que le viesen por sus agujeros. Desde allí oía misa y podía bien, porque estaba todo tan estrecho, que fray Antonio de Villacastfn, que servía de acólito, hincado de rodillas, llegaba con sus pies a los del Rey. Jurábame llorando este siervo de Dios, que muchas veces, alzando los ojos a hurtadillas, vió por los del Rey correr las lágrimas, tanta era su devoción y ternura mezclada con alegría, viéndose en aquella pobreza y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino. Y pues ya llegué a tocar en esto, diré otras cosas en que se conozca la afición, devoción y modestia grande de este Príncipe.

Edificóse allí luego en la misma casa, por tener algún espacio, como convento, donde se acomodaron los religiosos en celdillas harto estrechas; hízose una capilla razonable, que servía de iglesia, y por estar en su compañía mandó el Rey le hiciesen también allí un aposento; acomodáronlo de suerte que desde él podía oír los oficios divinos, misas y sermones; otras veces se salía al coro o tribunilla con los religiosos, y como todo era tan

estrecho, forzosamente estaban hombro con hombro, y de verse así, más de una vez a él y a ellos se les venían las lágrimas a los ojos, aunque los unos y los otros procuraban encubrirlas o sorberlas. Aquí por algunos años probó el devoto Monarca la pobreza de Belén y del pesebre de Jesucristo, para después gozar con merecidos gustos la representación de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento.

Aconteció (una víspera de San Pedro) que los frailes pusieron una campanilla para llamarse y hacerse señales al coro; la primera vez que la tañeron fué para los Maitines de esta fiesta, a primera noche; oyóla el Rey, que aun estaba aposentado en aquellos pobres palacios del cura y sentado en aquel natural trípode, mejor que la de Apolo para adivinar grandes cosas; preguntó a Miguel de Antona, un hombre de placer que traía consigo, dónde era la campanilla que sonaba; respondióle que en el convento tañían a Maitines; sin más aguardar, se levantó y fué allá, siguiéndole sólo este hombre; entró en la capilla, hizo oración, halló un labrador sentado en un banquillo, y en la parte que de él sobraba se sentó el modestísimo Príncipe; así estuvieron juntos un rato, hasta que se juntaron los religiosos y Miguel hizo señal para que bajasen a abrirle; bajaron y subió a la tribunilla a oír Maitines, estando hombro con hombro con los religiosos. Para levantar fábrica tan alta y ver

tan feliz remate, menester eran actos de humildad tan profunda.

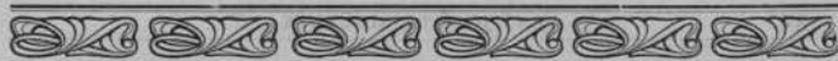
Otra vez, estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa y viviendo juntos él y los religiosos en ella, supo que habían traído un libro de los de canto llano para los oficios divinos; habíanle puesto en el facistol aquella noche para decir los Maitines; tuvo tanta gana de verlo por ser el primero, que después de recogidos los religiosos entró a gatas por una ventana que salía de su aposento al coro, alumbrándole Santoyo con una candela; andaba el prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vió luz en el coro, entró a ver quién era y halló al Rey dentro, y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era de entender que había entrado por la ventana; menudencia fué para tan grande Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y deseo santo y pío. Mostrólo también en otras muchas ocasiones, que se irán tocando de camino, ni me extrañaré de referir estas pequeñeces, que en Príncipes tan grandes son de mucha consideración.

Al fin de este mismo año de 67, día de los Inocentes, se ganaba un jubileo plenísimo y el devoto Rey deseó ver algunos hijos profesos de su nueva planta; estaba muy satisfecho de los que en el Monasterio de prestado vivían (digámoslo así) en su compañía, porque aunque

todos habían mamado en la leche de sus madres santas y buenas costumbres, la preferencia y la modestia de un tan modesto y santo Rey (así me atrevo a llamarle) era bastante a criar de nuevo religión aun en almas muy distraídas. Ejemplo y prueba de esto sean cuantos vivieron a su lado. Descubrió su pecho a su secretario Pedro de Hoyo, él lo manifestó a los religiosos, certificándoles que hacían en esto a su Rey un muy grato servicio que lo deseaba entrañablemente, por tener de todos gran satisfacción, y que pues en esto no se prendaban para con Dios en cosa de nuevo, pues estaban ya sacrificados a él, no era mucho que por un Rey que manifestaba tan clara su afición para con ellos y para con su Orden pasasen de un lugar a otro, y de una casa a otra el altar del Holocausto y obediencia, a que estaban ya dedicados.

El año de 1568, a 6 de enero, bendijo el Obispo de Cuenca, Fresneda, la capilla o iglesia pequeña de El Escorial, con la solemnidad acostumbrada; estaba presente el Rey y los caballeros que venían con él.

Luego como se puso aquella iglesia de prestado en alguna forma y se bendijo, envió, para consuelo y alegría de los nuevos hijos de San Lorenzo, el brazo de tan santo patrón, porque quien pensaba tirar tanto en su servicio la barra, necesidad tenía de tan fuerte brazo. Está guarnecido en un brazo de plata, labor antigua que sin otro testimonio arguye verdad y probanza legítima.



V

Pasa el Rey a vivir al Monasterio, donde recibe la noticia de la victoria de Lepanto.



AUNQUE la fábrica no había caminado con mucha prisa, estaba ya levantado todo el lienzo que mira al Mediodía, cubierto y puesto en perfección, y los dos que miran a Oriente y al Poniente hecha buena parte, de suerte que había mucha casa y aposento y las oficinas de mayor importancia para poder habitar, no sólo el convento, sino también Su Majestad y caballeros de su estado, bien que mucho de esto era de prestado, y que se iban acomodando las piezas como iba el edificio creciendo; estaban hechos dos claustros de los pequeños, y de otros dos más que mediados, un lienzo del claustro grande y buena parte de otro. Aquí se formó una iglesia pequeña con su coro o sacristía, la enfermería, botica, refectorio, cocina, necesarias y hospedería, lo mismo que es ahora.



Su Majestad tenía grande gana de verse fuera de la aldea, digo de la villa de El Escorial, que ya se había mejorado mucho, y entrar en su nuevo Monasterio. Determinóse que en todo caso el día del Corpus Christi se celebrase allá la fiesta, y así se dieron prisa en todo. El día de San Bernabé, 11 de junio de 1571, dijo la última misa cantada el prior fray Hernando de Ciudad Real, en la capilla del pueblo, asistiendo a ella Su Majestad, con muchos caballeros, y a la noche se subió a dormir al aposentillo que se había hecho debajo del coro, para desde su ventana oír las misas y Oficio divino, aunque todo harto angosto y apretado, y tras él subió también el prior con algunos religiosos; el día siguiente se consumió el Sacramento de la capilla del pueblo con la postrera misa, y se mató la lámpara; subieron arriba todos los religiosos que quedaron, y a 13 del mismo mes don fray Bernardo de Fresneda bendijo la iglesia y los claustros, donde se habían de enterrar los religiosos del convento, consagró muchas aras y predicó doctamente al propósito; quedó cansado de tantos ejercicios, no se atrevió a decir misa, y aun era tarde por ser víspera de Corpus Christi; dijo fray Juan del Espinar la primera misa rezada en el altar mayor de la nueva iglesia, oyéndola el Rey y todos.

Luego el día siguiente, día del Santísimo Sacramento, dijo el prior la primera misa cantada en la iglesia;

acabada, se hizo la procesión por el claustro, que estaba bien aderezado; llevó Su Majestad una vara del padio del Sacramento, con los caballeros de su cámara, el prior de San Juan, don Antonio de Toledo, don Pedro Manuel y otros.

Mandó luego el Rey que viniesen los novicios que en nombre de esta casa se criaban en San Bartolomé, que eran ocho o nueve, enviéles desde Madrid mulas, porque la casa no las tenía; vino con ellos su maestro y otros dos religiosos, que todos eran doce, y mostraban bien en la mortificación y compostura la buena doctrina, que en tan religiosa casa habían aprendido; llegaron aquí a 8 de agosto del mismo año, y luego otro día, a nueve, llegaron una docena de religiosos de Guadalupe, que por consejo del padre fray Hernando de Ciudad Real, prior, vinieron para acabar de poblar la casa, y que hubiese cumplido número de frailes para el oficio divino y los otros ministerios necesarios. Celebráronse las Vísperas de San Lorenzo con gran solemnidad, y otro día, a la misa, predicó el padre fray Francisco de Villalba, predicador de Su Majestad, profeso de Montamarta, y vinieron los Seminarios de Parraces, y representaron el martirio de San Lorenzo en una tragedia latina, y estuvieron todos muy regocijados, y el pío Rey mostró gran contento porque veía ya alguna buena parte de sus intentos ejecutada, y cobró aliento para

lo demás. Tenía ya la comunidad cuarenta religiosos y había comodidad para llegar a cincuenta; parecióle al Rey que era bastante número para que se continuasen los oficios divinos y se fuesen cumpliendo las memorias y aniversarios que tenía determinados por sí y por sus padres y las otras personas reales. Llamó al prior y tratólo con él, y así desde el día de San Lorenzo se fué continuando todo esto sin faltar punto hasta hoy, con el rigor y observancia de las costumbres santas de nuestra religión, como en la casa más observante de toda ella.

Este mismo año de 1571 parece quiso el cielo y el glorioso mártir Lorenzo engrandecer o, digámoslo así, gratificar a su devoto Felipe lo que por él hacía en la tierra. Estando el Rey en esta su casa las vísperas de la octava de todos los Santos en el coro con sus frailes, le llegó la alegre nueva de aquella famosa victoria de la batalla naval contra la armada del turco, siendo general en ella Don Juan de Austria, su hermano, hijo del gran Carlos V, cosa muy sabida de todos, en que no tengo que detenerme; sólo diré lo que otros no han escrito, y es propio de este lugar. Estando el Rey en el coro oyendo las Vísperas, entró don Pedro Manuel, caballero de su cámara, alborozado; en el semblante y meneo se le conoció luego que había alguna cosa grande; dijo a Su Majestad con voz alta: Señor, aquí está el

correo de Don Juan de Austria, que trae la nueva de una gran victoria; no hizo el magnánimo Príncipe mudanza ni sentimiento, gran privilegio de la casa de Austria, entre otros, no perder por ningún suceso la serenidad del rostro ni la gravedad del Imperio. Acabadas las Vísperas, llamó al prior, fray Hernando, y mandó que dijesen *Te Deum laudamus*, en hacimiento de gracias, con las oraciones que la Iglesia tiene para esto; fuéle a besar la mano luego el prior y darle la enhorabuena de parte de todo el convento; recibíola con alegre rostro y fuése a su aposento. A la mañana mandó se hiciese procesión solemne, y salió a ella con todos los caballeros, y a la tarde, una vigilia, con misa de Requiem el día siguiente por los difuntos en la batalla, que todo arguye ánimo no menos valeroso que pío, y que tenía conocido cuyo es el poder y la virtud y de qué mano venía la victoria. Trajo el correo también como por señas y despojo de grande estima el estandarte real del turco, tenido entre ellos en tanta reverencia como si fuera el Sacramento; dicen le había mandado traer de la casa de Meca, para que en virtud de tan preciosa reliquia fuese su armada inexpugnable.

Tras esto vino aún otro más alegre suceso para el Rey y para todo el reino, que fué el nacimiento del Príncipe Don Fernando, a 8 de diciembre, día de Santa Bárbara, del mismo año 1571, en el Alcázar de Ma-

drid, primogénito de la Reina Doña Ana, cuarta mujer del Rey nuestro fundador, hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz Doña María, hermana del mismo Rey. Fué grande el regocijo que hubo en toda España, por ser cosa tan deseada como necesaria para tantos reinos, aunque se aguó, de allí a pocos años, este regocijo con su muerte, propio parto de nuestros pecados.

Luego, el año 73, mandó nuestro fundador que se comenzasen a trasladar los cuerpos reales, que estaban depositados en diversas partes de estos reinos, a este tan célebre Mausoleo que les había levantado, viendo que el número de religiosos era ya suficiente para que todo esto se hiciese con la solemnidad decente, ordenó que los primeros fuesen el cuerpo de la Reina Doña Isabel, su tercera mujer, y del Príncipe Don Carlos, su hijo.



VI

Manda el Rey trasladar los cuerpos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana y Princesa Doña María y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas reales.

 SIENDO uno de los principales motivos y fines de esta casa y fábrica levantar sepulcros a tan ilustrísimos Héroes y Príncipes, sería defecto o descuido pasar por esto ligeramente; así dedicaré este discurso a las traslaciones de los huesos y cuerpos imperiales y reales que mandó hacer el pío Fundador, descendiendo a algunos particulares, de que voy acortando en otras partes; ahorraré también aquí de decirlo con mis palabras, pues tengo la forma misma del hecho dicho con las de su autor. Sea lo primero esta carta que escribió al vicario y convento, porque el prior estaba ausente:

«Devotos padres, vicario y diputados del Monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado:

Ya tenéis entendido cómo a principio del mes que viene llegarán a esa Casa los cuerpos del Emperador y Emperatriz mis Señores, que sean en gloria, y de las demás personas reales que he mandado trasladar y depositar en la Iglesia de prestado de ella, conforme a lo que en la escritura de fundación y dotación tenía ordenado, y porque así en su recibimiento como en los sufragios que por sus ánimas se han de hacer, y en lo demás que ahí ocurriera, haya la buena orden y concierto que en semejantes actos se requiere, he mandado ordenar el memorial e instrucción que se os enviará con ésta; señalado de mano de Antonio de Gracián, mi secretario, y otro papel aparte del sitio y forma en que se han de colocar los ataúdes de los dichos cuerpos reales en los lugares que por él veréis; y así os encargo que vista y leída la dicha instrucción, hagáis que en todo y por todo se guarde y cumpla, dando así mismo parte de ello a las personas a quien tocare, para que todos tengan entendido y sepan lo que han de hacer, y procuraréis haya en todo la buena orden y recato que conviene conforme a lo que se ordena por la dicha instrucción, que esta es nuestra voluntad. De El Pardo, a 22 de enero de 1574 años.—*Yo el Rey*.—Por mandato de Su Majestad, *Antonio Gracián*.

Síguese luego esta instrucción. La orden que Su Majestad manda se tenga en su Monasterio de San Loren-

zo el Real, y en la entrada y recibimiento de los cuerpos reales del Emperador y Emperatriz, Reina Doña Juana y princesa Doña María, nuestros Señores; y de las Reinas de Francia y Hungría, que estén en gloria, y de los Señores Infantes Don Fernando y Don Juan, cuya traslación al presente se hace, y las misas y sufragios y otros divinos oficios que por sus ánimas se han de hacer por los religiosos del dicho Monasterio y otras personas. Todo se cumplió a la letra y con mucha devoción.





VII

Planta de la Iglesia. Vida que hacia el Rey en el Monasterio.

EL principal cuidado que Su Majestad tenía en esta fábrica era la iglesia, por ser como el fin último y, digámoslo así, el todo de lo que se pretendía. La primera y más grave dificultad fué convenir en la traza; la que había dado Juan Bautista de Toledo no le contentaba mucho al Rey; parecióle cosa común, dado que no respondía bien con su pensamiento; trajéronse muchas de diferentes partes: la que desde luego le agradó fué esta que ahora vemos ejecutada harto felizmente; la trajo un arquitecto italiano llamado Pachote, que, a mi parecer, hay poco que agradecerle, porque no es más que la capilla y templo del Vaticano, cortada por el cuerpo de la iglesia, y dejando frontispicios cuadrados lo que allá está en medio círculo.

Escogida la traza, se echaron hondos y fuertes ci-

mientos de mucha trabazón y encadenamiento, después de haber estado abiertos algunos años, en que cobraron mucha firmeza. Determinóse Su Majestad, visto que ya estaban iguales con la tierra, que se eligiese la planta y se comenzase la obra a toda furia.

Quando se habían de traer las primeras piedras, donde se había de hacer la elección para las columnas, paredes y pilastras, fray Antonio de Villacastfn, obrero principal, ordenó de secreto una regocijada invención, aunque es hombre de pocas burlas y fiestas: todos los estajeros, maestros sobrestantes y peones y oficiales se disfrazaron (serían, poco menos, mil personas), hicieron un hermoso alarde y zuiza; en la vanguardia venía el peonaje, y en vez de las picas y lanzas traían las herramientas de sus artes y oficios, picos, escodas, palas, azadas, batideras, azadones, con extraños disfraces; en medio, y como el cuerpo de batalla, un escuadrón de lucida infantería, con picas, lanzas y arcabuces; en la retaguardia venían cuatro cuadrillas de bueyes de la fábrica, cada mayoral con su cuadrilla; la primera, en que venía la piedra principal, traía un carro triunfal bien aderezado de yedras y flores, que en estos jardines, aun en medio del invierno, nunca faltan. Venía en la delantera, y como a la puerta, una figura de San Pedro, con una llave en la mano, y en el segundo carro otra de San Lorenzo, significando que con el favor del Papa, y

para ensalzamiento de la Iglesia, se había de levantar una gran fábrica al glorioso mártir San Lorenzo. En el tercer carro, y con el mismo adorno, venían las cuatro virtudes Cardinales, que significaban la persona del Fundador, prudente, templado, fuerte y justo, y así iba esta virtud en delantera de las otras, con una espada desnuda en las manos, cantando todas cuatro acorde-mente loores de nuestra Señora y del glorioso mártir San Lorenzo. En el cuarto carro venían tres mujeres, que eran las tres Marías, que iban a buscar a nuestro Señor en el sepulcro; y preguntándole al maestro de la obra y de la invención qué querían representar aque-llas Marías, respondió que eran figura de los religiosos y de las almas pías y santas que en este templo habían de buscar de noche y de día a nuestro Señor. Después de descargadas las cuatro piedras en sus propios asien-tos, de donde se habían de comenzar a tirar las líneas y echar los niveles de la elevación, hicieron sus danzas, después los alardes y paseos; a la postre trajeron un novillo muy bravo, que trompicando a unos y atrope-llando a otros, sin hacer mal a ninguno, remató la fiesta con mucho regocijo, día de Santo Tomás de Aquino del año 1575. Estimóse en mucho la fiesta por ser muy ale-gre y porque les cogió a todos de repente, y más por ser invención de un religioso tan santo y tan enemigo de invenciones.

El ejercicio principal de Su Majestad estando aquí con la Reina, Infantas y Príncipes, después de haber cumplido con su oficio y despachado los negocios (sábase de cierto que se negociaba aquí más en un día que en Madrid en cuatro, por el concierto de la vida), era oír los divinos Oficios, gustar de ver despacio ceremonias eclesiásticas, que si no es en estos lugares, jamás las ven ni saben qué son, y no les está mal a los reyes cristianos tener noticia de ello, para que las reverencien y estimen, pues los reyes paganos y gentiles no se desdaban de sus torpes y brutas ceremonias y de sus sacrificios, y aun se preciaban del nombre de pontífices máximos, con no ser más todo aquello que un hediondo rastro o carnicería. Así, quiso que la Reina y sus hermanos viesén hacer, el tiempo que aquí estuvieron, Órdenes sacras; vino a hacerlas el Obispo de Segorbe, D. Francisco de Soto, electo de Salamanca; juntáronse cien ordenantes religiosos de esta Casa y de la Orden y de otras religiones, y clérigos. Estaban el Rey y la Reina en las ventanas de sus oratorios, que, por estar a no más de un estado levantadas del suelo, y muy junto, gozaron y vieron distintamente todo lo que se hacía, que gustaron mucho con fiesta tan espiritual y tan llena de buenas consideraciones. Esto estiman en poco y aun burlan de ello los hijos de este siglo, pareciéndoles que no es de reyes ver esto, sino de sacristanes, y los reyes

que sean todo justas, torneos, toros, cazas y otros ejercicios que no huelan nada a Dios ni al Cristianismo.

Luego, el día de la Trinidad siguiente, confirmó el mismo Obispo a las dos Señoras Infantas, Doña Isabel y Doña Catalina, un poco antes de vísperas, y tras ellas otros niños de los del sitio y del pueblo; en presencia también del Rey y Reina, sucedió que le dió a un niño de aquellos un bofetoncillo algo más recio, para la memoria; el chiquillo, llorando, tan presto como le dió le llamó hijo de..., de que se rieron mucho todos, y habían de llorar, pues lo primero que los niños aprenden son pecados, palabras descompuestas, feas y aun juramentos graves; tanto descuido hay en nuestras costumbres, que primero nos enseñan a pecar que a vivir. Otra vez quiso que viesen consagrar algunas aras al Obispo de Troya, que de allí a pocos días acertó a llegar por aquí visitando el Arzobispado de Toledo, y que estuviesen Reina, Infantas y Príncipes presentes; púsose la mesa muy cerca de las ventanas de los oratorios, para que gozasen de todas las particularidades, que están llenas de diversos sacramentos. A vueltas de esto, les servía la Casa con algunas fiestas de representaciones de cosas santas, que componían los religiosos, y puestas en las bocas de los niños del Seminario, parecían bien y provocaban a devoción, porque aun los juegos y los entretenimientos fuesen lo que es razón sean en los conven-

tos y monasterios, donde vienen los príncipes a recrear el alma con cosas de otro género que las nacidas en las cortes y ciudades de sus reinos, de que muchas veces desean perder el ahito. Este año de 1575 le representaron algunas de harto ingenio, con que recibieron mucha alegría la Reina, Infantas y Príncipes.

Mandó se hiciesen leyes para el asiento de Parraces y para el Colegio que aquí se trasplantaba. Para que se vea el ánimo y la piedad de tan santo Rey, y porque no todos podrán leerlo en su original y agradezcan los hijos de esta religión y aun de la Iglesia lo mucho que le deben, quiero poner aquí el prólogo o principio de estas constituciones, que él mismo firmó de su nombre:

«En el nombre sea de Dios Todopoderoso, Padre e Hijo y Espíritu Santo, que para siempre vive y reina, y de la gloriosa Virgen Sacratísima Nuestra Señora Santa María, y en honor del bienaventurado San Lorenzo y del glorioso Doctor de la Iglesia San Jerónimo: Manifiesto sea a todos los que la presente vieren, cómo Nos. Don Felipe, segundo de este nombre, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc., habiendo fundado y dotado el Monasterio de San Lorenzo el Real de la Orden de San Jerónimo que es *nullius Dioecesis*, y considerando también de cuánta importancia sea el ejercicio de las letras sagradas para el servicio de Dios, conservación y ampliación de la santa Fe católica, y del benefi-

cio que de ello redundará al pueblo cristiano, y honor y acrecentamiento a la dicha Orden y Monasterio, acordamos de instituir un colegio de frailes de la dicha Orden que esté debajo del dicho Monasterio y del prior de él, en que se lean y enseñen artes y teología, y un Seminario de treinta niños, que se han de criar e instituir en el dicho Monasterio y colegio, según que en la escritura de dotación y fundación del dicho Monasterio, a que nos referimos más largamente, se contiene; porque esperamos en nuestro Señor que mediante su favor y la intercesión de los dichos gloriosos Santos será el dicho colegio en letras y ciencia muy aventajado, y los que en él residieren, en la religión y cristiandad, virtud y buenas costumbres santamente instituidos, y como quiera que nuestra intención y voluntad haya sido y es que el dicho colegio y Seminario estén dentro del ámbito de dicho Monasterio de San Lorenzo, y para este efecto se está acabando un cuarto aparte en que habría el aposento necesario; pero porque no se perdiese el fruto que de tan buena obra podía redundar, habiendo nuestro muy Santo Padre Pío V, Papa de feliz recordación, anexada a nuestra suplicación el Monasterio y Abadía de Nuestra Señora de Parraces, en la diócesis de Segovia, con todos sus bienes y rentas, al de San Lorenzo el Real, tuvimos por bien, el año pasado de 1567, asentar el dicho colegio y Seminario en

el dicho Monasterio de Parraces, donde se han leído las dichas facultades, y a los colegiales y a otras personas que en él han residido se ha proveído lo necesario de las rentas del dicho Monasterio de San Lorenzo, como entonces pareció convenir, y se dieron las constituciones con que se han regido y gobernado, y porque ahora hemos acordado de trasladar y mudar el dicho colegio y Seminario al dicho Monasterio de San Lorenzo, y la experiencia ha mostrado que conviene mudar, añadir y quitar algunas cosas de las que así estaban proveídas y ordenadas, usando del poder y facultad que para ello tenemos y nos reservamos, estatuímos y ordenamos que las constituciones, etc. >

Esto basta para nuestro intento; púsose el colegio y Seminario de veinticuatro colegiales y treinta seminaristas, como dije, en uno de los cuatro claustros; allí estuvo de prestado y apretado hasta que, como dije en su lugar, se asentó en su propio aposento. Vése en este prólogo cuán autorizadas quedan las letras, estudios y colegios por el parecer de tan gran Príncipe, contra los herejes antiguos y modernos, que quisieron desterrarlas de la Iglesia para poder mejor introducir la falsedad de sus perversas doctrinas, y contra una infinidad de cristianos (bárbaros en la vida y costumbres) que, llenos de envidia y de ignorancia, no querían ver a otros mejorados ni que les hiciesen ventaja

en nada, aunque fuese con gran daño de la fe y de las costumbres.

Murió este año el Infante Don Carlos Lorenzo, el hijo segundo que nuestro Rey tuvo en la Reina Doña Ana, que dijimos nació en Galapagar; murió en 9 de julio; trajo el cuerpo aquí el Obispo de Sigüenza, Don Juan Manuel; hizosele también un solemne entierro, aunque el Oficio todo fué de alegría y de ángeles, pues se fué a gozar con ellos el Reino del Cielo, desde donde mira, riendo, lo poco que valen los reinos de la tierra. La entrega del cuerpecito real la hizo el Secretario D. Martín de Gaztelu al prior y convento; pusieronle los monteros de Espinosa con sus abuelos el 11 de julio de 1575, y luego, el día siguiente, 12 del mismo mes, nació el Infante Don Diego, consuelo de la pérdida y tristeza que tenían sus padres, que ya era el tercer hijo de la Reina Doña Ana; llamáronle así porque se bautizó el mismo día de Santiago, y por sobrenombre le llamaron Félix, por haber nacido el día de los santos mártires Nabor y Félix, augurándole (digámoslo así) alguna grande suerte o felicidad, por ser, como después sucedió, el primer Príncipe de Castilla que tuvo el nombre del patrón de España, aunque a él le sucedió mejor de lo que los hombres pronosticaban con sus juicios inciertos. Tras esta alegría vino luego a nuestro Rey otra grande tristeza, tan compañeras andan en esta vida estas dos pasiones,

y sabíase aprovechar nuestro Fundador bien de ellas, porque entendía cuán de la mano de Dios vienen estos favores y reveses, que llaman los que no saben lo que dicen, fortuna. Adoleció el Príncipe Don Fernando gravemente, y lastimaba esto el corazón real mucho, porque le amaba tiernamente; hiciéronse en este convento muy extraordinarias diligencias con nuestro Señor, suplicándole por la salud de este Príncipe, y prorrogó por algún plazo la ejecución de esta sentencia la Majestad Divina, dándole salud por entonces, hasta que llegó la hora precisa que estaba determinada en el consejo divino; entendiendo el Rey el gran cuidado en que el convento estaba puesto, hizo que viniese con toda diligencia un mensajero a dar la nueva de la salud; llegó aquí a las doce de la noche, cuando el convento estaba en Maitines, y dió golpes a las puertas; entendido lo que era, y recibida la alegre nueva, en acabándolos se hizo una procesión por el claustro cantando el himno *Te Deum laudamus*, que pusiera devoción y espíritu en el más tibio; luego, a la mañana, se dijo la misa. Murió también este año de 1575, el 5 de octubre, el santo varón fray Juan del Colmenar, primer fundador y primer vicario, y segundo prior de este convento, lleno de días y de buenas obras.





VIII

Sigue la fábrica de la iglesia, a vista del Rey.

Devoción de éste al Santísimo Sacramento.



QUERÍA el Rey ver en sus días acabado este templo, deseábalo grandemente; como la fábrica era tan grande, ponfase delante una largueza de tiempo que enfriaba el ánimo; comenzóse, como ya dije arriba, a elegir la planta y a poner el coco o la primera hilada de cuatro pilares, en que estriba toda la máquina, con sus correspondencias; labrábase de suerte que todo iba por cuenta del Rey; digo que no la tenían a su cargo destajeros ningunos, sino dos maestros o aparejadores, que se llamaban Tolosa y Escalante; a éstos daba el Rey cierto salario, y ellos daban los modelos para sacar la piedra, recibían los sacadores de ella, y los que la labraban y los que la asentaban, y eran el todo del negocio. Probóse esta manera de proceder más de un año, y vióse cuán poco lucía la obra, y, sin

duda, si de esta suerte se procediera, no estuviera hoy hecho el medio del templo, porque llegando a apretar a los maestros qué tanto podía levantarse cada año, respondieron que sería harto echar cada año una hilada en contorno de la iglesia; decían la verdad, y aun prometían mucho. Desmayaba esto grandemente al Fundador, porque vió un eterno gasto de tiempo y de dinero, sin fruto, y aun alguna vez desconfiaba de ello. Al obreiro fray Antonio de Villacastín también le descontentaba mucho este modo de proceder, y veía claramente que era cosa sin fin. Preguntóle un día el Rey, por medio del Conde de Chinchón, el viejo, su parecer, y que dijese qué orden se tendría en edificar con brevedad aquel templo. Dióle el siervo de Dios, con la gran claridad de su juicio, en el blanco y en el punto, y respondió con dos solas y formales palabras, diciendo: «Si Su Majestad quiere ver hecha presto esta iglesia, traiga muchos cabos.» Y no dijo más; entendióle luego el Conde, porque era muy agudo; asíóle del brazo y llevóle así al Rey, y dijole: «Señor, fray Antonio dice que acabará Vuestra Majestad esta obra presto si trae muchos maestros y estajeros que la tomen a su cargo.» Preguntóle el Rey si lo sentía así; respondió el siervo de Dios: «Sí, Señor, porque cada uno hará presto la parte que le cupiere, y tras esto labrarán a porfía, no sólo en la presteza, sino en la bondad de la obra.» El Rey se

satisfizo de suerte que cobró ánimo, y entendió que aquel parecer y consejo era como del cielo. Mandó que luego se ejecutase aquello.

Enviaron cédulas y mandatos por todo el Reino, para que viniesen maestros a tomar los estajos de esta fábrica. Juntáronse Juan de Herrera, que era el trazador principal, que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo, hombre de gran ingenio, y que alcanzó mucho en matemáticas, y fray Antonio, el obrero que había dado en esta traza; repartieron la iglesia toda con sus torres en diez estajos bien proporcionados, para que igualmente, sin confusión y sin agravio de más o menos pérdida o ganancia, se repartiese entre los maestros que viniesen. Estaban llamados que se hallasen aquí para la Navidad de este año 1575, principio del de 1576.

Vino el Rey aquí a tener esta Pascua, y estuvo en los Maitines de aquella santa noche del Nacimiento, testigo soy de vista, y muchos de los que hoy aquí vivimos, que, con hacer grandísimo frío, estuvo el pífimo y católico Rey todo el tiempo que duró el invitatorio, y el himno, hasta el primer salmo, en pie, sin arrimarse, y descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad que no sé yo si hubo algún religioso que pudiese sufrir otro tanto; confieso que me avergoncé y corrí de mi tibieza, y que después acá me ha servido de desper-

tador tan grande ejemplo de un Monarca, criado al fin en majestad y regalo.

Diré también esto de paso, pues a mí no me toca escribir otras hazañas de este Rey sino estas de su devoción y piedad, que jamás le vi vencido en cosas del Oficio divino, por largas que fuesen, en este convento, y que nos venció él a todos muchas veces. Vínole aquí la nueva que habían hecho Emperador a su sobrino Don Rodolfo, primogénito del Emperador Maximiliano; mandó que se hiciese una procesión muy solemne el día de San Juan Evangelista, en acción de gracias; anduvo en ella con muchos caballeros que trajo consigo; confesó y comulgó en la capilla donde estaban entonces las reliquias, y confesábale en estos tiempos el padre fray Juan de Baeza, profeso de San Jerónimo, de Granada primero y después de este convento, y si tuviera tantas partes de valor y letras como de religioso sencillo y santo, sin duda no mudara Su Majestad de confesor; mas no basta esto para tan grande empresa. Luego, el día de la Epifanía, hizo aquí aquella solemne ofrenda de los tres cálices, en la misa mayor, representación harto al vivo de la que hicieron los tres Magos o Sabios de Oriente a nuestro Redentor recién nacido en los brazos de su Madre, y en los de la pobreza, que quiso el Señor inmenso abrazar por enriquecernos; acostumbó toda su vida a hacer esto el pío Monarca con mucha devo-

ción, y heredó con el reino también la santa costumbre el Rey Don Felipe III, su hijo.

Los cálices, que son de plata, dorados, con sus sobrecopas, llevan dentro aquellos místicos dones: oro, incienso y mirra; poníase de rodillas en la grada del altar mayor, a los pies del sacerdote, que hace y tiene las veces de Cristo en aquel lugar, y teniendo la patena en las manos, la besaba el Rey con la boca y con los ojos, y el cáliz que tenía en la mano le daba al diácono que estaba al lado del sacerdote; así los ofrecía uno por uno, diciéndole el sacerdote las palabras de Cristo: *Centuplum accipietis, et vitam eternam possidebitis*, que no sé si, con decirlas Dios, se las creemos, según lo que se lastiman los hombres de ver emplear en servicio suyo algunos bienes temporales: tan poca fe tenemos de los eternos, y tan poco crédito de Dios, aunque sea este cambio a letra vista.

Se halló aquí el día de la Ceniza y Semana Santa. Recibió la ceniza con mucha humildad y visible devoción, acordándose que, aunque Rey, y tan grande, al fin era su compostura como la de los otros hombres: polvo y ceniza; comulgaba, andaba en procesiones, ganaba jubileos, llevaba el palio acompañando y sirviendo a su Rey, y lavaba pies a pobres, celebrando aquella celestial memoria y ejemplo que dejó el Rey eterno a sus vasallos, y con estos ejercicios tan santos crecían en-

trambos templos más que a varas. Partió de aquí el 2 de mayo, habiendo hecho primero el aniversario de su madre la Emperatriz, para llevar en qué pensar por el camino. Tornó luego por el mes de junio de este mismo año de 1576, trayendo consigo a la Reina Doña Ana y a su primogénito, el Príncipe Don Fernando, que fué la primera vez que la sacó de Madrid, y el primer vuelo que le enseñó este águila a su hijo fué traerle a este Monasterio, fábrica de sus manos y sepultura dignísima de tan esclarecidos abuelos.

○ Llegó el Rey un día antes, como para hacerles el aposento; mirólo todo, que estaba, aunque de prestado, acomodado razonablemente; preguntáronle de parte del convento si sería bien hacer algún particular recibimiento a la Reina, Príncipe e Infantas; respondió que no, y así no se hizo más que lo ordinario, como otras veces: salió el prior con algunos viejos hasta la puerta, y besáronles las manos, viniendo acompañándolos hasta las gradas del altar de aquella iglesia pequeña, donde hicieron oración; tuvieron aquí las fiestas del Espíritu Santo y Corpus Christi, ejercitándose Rey y Reina y Príncipe de Alemania en obras santas, y aun las recreaciones lo eran; porque unas veces visitaban las reliquias, otras las oficinas de la Casa, la librería, que ya comenzaba a ser ilustre, porque entró en ella a esta sazón la de don Diego de Mendoza, donde había buenos

originales griegos y árabes y de otras lenguas y diversas facultades; salíanse por aquellas dehesas de la Herrería y Frexnedá, que en verano son unos hermosísimos jardines, parte de la misma Naturaleza compuestos, parte con la industria llenos de flores y frutos, mucha caza, venados, jabalíes, conejos, liebres, diferencia de aves y harta copia de pescado; de suerte que dentro y fuera era para las personas Reales una estancia llena de dulce entretenimiento, y a doquiera se leían o se oían alabanzas divinas.

En cayendo el sol, que en verano se traspone presto por la sierra que está al Poniente, se exhala de ella un aire suave que refresca lo que el calor del día ha destemplado; se salían la Reina e Infantas y Príncipes por los jardines que están en el contorno de la casa; de suerte que aun sin salir, como quien dice, de su aposento, gozaban de mucha frescura, cuando no querían buscarla fuera. Llegó aquí a principios de septiembre el señor Don Juan de Austria, llamado de Italia por su hermano, para enviarle de secreto a Flandes, porque se habían alterado de nuevo aquellos Estados y hecho nuevos rompimientos. Partió el Rey de aquí, y con él Don Juan, para Madrid el 22 de septiembre, donde le despachó con sumo secreto, disimulándose cuanto fué posible la partida y aun su persona: los sucesos de esta jornada ya los han escrito otros, ni son de mi propósito ni profesión.

El 24 de septiembre partió la Reina tras el Rey para Madrid, y luego, el de diciembre siguiente, tornó el Fundador aquí a dar calor a su fábrica y a recibirle él en el alma, continuando su piedad y devoción. Entre otras que en él fueron muy grandes, la principal y la primera, como de razón lo ha de ser, era con el Santísimo Sacramento, herencia piísima de la Casa de Austria; había pedido Su Majestad, en ocasión de la guerra de Granada contra los moros que se rebelaron en la Alpujarra, y por otras necesidades grandes de la Cristiandad, a todos los Obispos y Prelados de las religiones se hiciesen en estos Reinos plegarias, letanías, procesiones y otras oraciones, y que sacasen en público el Santo Sacramento en procesión, y se hiciese cierta manera de vela o vigiliat, de noche y de día, teniéndole en público sobre los altares, para que los religiosos y gente seglar hiciesen devotas oraciones en la presencia del Señor. Envió para esto una instrucción muy larga, en que se echa bien de ver la gran devoción del Príncipe piísimo.

En la Orden de San Jerónimo se hizo este repartimiento y vela del Santísimo Sacramento; de suerte que a esta Casa le cabía de cuarenta en cuarenta días, y tenía tanto cuidado el Rey con ella, que desde su aposento contaba y trazaba las venidas aquí para hallarse en esta vela y procesiones, y siempre le cabía llevar

una de las varas del palio; y puedo bien afirmar que no había religioso le hiciese ventaja, ni en la devoción con que allí iba, ni en la asistencia delante del Sacramento en el término de aquellas veinticuatro horas. Así llegó la vez postrera que aquí vino en este año de 1576, al punto de esta vela y procesión; duró en esta Casa (olvidóse presto esta devoción en las iglesias y aun en las religiones de España) más de treinta años que jamás faltó un punto por la asistencia y piedad de este Monarca cristianísimo. Diré también otro particular en esta materia: en todos los actos públicos que se hacían en la iglesia mostraba tanto respeto y guardaba tan puntualmente el derecho que se debe a las cosas eclesiásticas y a las personas de ella, que siempre ponía el postrero dondequiera que concurrían. Y porque los niños del Seminario tienen sobrepellices en tanto que asisten al Oficio divino en estos actos eclesiásticos, iban delante y los anteponía: si tomaban la ceniza, los niños primero; si los ramos, las candelas, adoraban la Cruz y otras cosas semejantes, los adelantaba siempre, pareciéndole que era de más alto género todo lo que tenía resabio de orden eclesiástico. Cuando había misas nuevas, iba a besar la mano al misacantano, y le ofrecía como si fuera otro hombre particular, y otros cien ejemplos bastantes a confundir, no digo a los herejes ni a otros cristianos llenos de pundonores de vanidad, sino

aun a los muy aventajados religiosos. Desde aquí se marchó, el 11 de diciembre, a nuestra Señora de Guadalupe, para verse allí con el Rey de Portugal; lo que se trató entre los dos, y las razones de estas vistas con lo que allí pasó, otros lo han ya dicho: a mi parecer, no fué otra cosa aquella junta, por lo que el efecto ha mostrado, sino un como decir que venía a entregar aquel Reino Don Sebastián en manos de Felipe: testigos de la donación y entrega, la Santísima Virgen y su Hijo, en cuya mano están los derechos y disposiciones de todos los Reinos y Reyes. Tuvieron allí las dos Pascuas de Navidad los dos Reyes, tío y sobrino, haciendo el nuestro la costa con la largueza que se puede pensar. Acabadas, se partieron; Don Felipe tuvo el día de la Epifanía en nuestra casa de Santa Catalina de Talavera, donde hizo la ofrenda acostumbrada de los tres cálices; de allí se vino a Madrid.



IX

Amotinanse los oficiales, y lo que el Rey y la Reina y personas reales hicieron aquí en el año de 1577.

EL 19 de febrero de 1577 vino a visitarla el Rey, y maravillóse de lo que había crecido. Recibió aquí la ceniza, para que con este acto de humildad cristiana la fábrica se levantase más segura, y aun advirtió de camino ciertos defectos que en esta santa ceremonia habían hecho el sacerdote y los ministros, porque aun de esto sabía más que nosotros. En este mismo día mandó proveer más de dos mil ducados de libros para repartir por las celdas de los religiosos y poner en una librería pequeña de prestado, entendiendo cuán importantes son lección y libros para religiosos tan recogidos, y luego también mandó que se comenzase la librería del coro, que es una de las excelentes cosas que hay en este convento, de que se hará memoria particular más adelante; para esto ordenó que viniesen

buenos escribanos de letra grande, proveyendo en todo con un acuerdo y prudencia excelente.

Hecha esta visita, se tornó luego a Madrid; volvió para el Domingo de Ramos siguiente; anduvo en la procesión con sus caballeros, y procuraban los religiosos hacer los Oficios divinos con tan buen cuidado, que el Rey no tuviese que enmendar, que no era poco.

Hizo el mandato el Jueves Santo, en acabando la misa mayor, juntando tanta majestad y devoción en este acto, que enterneciera las piedras; hincábase de rodillas a los pies de aquellos trece viejos, que se escogían para esto; lavávaselos y besábaselos con profunda humildad, ayudándole en esto sus dos sobrinos, Príncipes de Bohemia, Alberto y Wenceslao, dándole agua y toallas; sirvióles después a la mesa una comida real, de que los buenos viejos comían poco, y lo más eran lágrimas que se les iban por los rostros, considerando la persona que les servía. Pasó aquí esta Semana Santa en mucho recogimiento y oración, asistiendo a todos los Oficios. Confesó y comulgó, y el día de Pascua de Resurrección se fué a comer al refectorio con los frailes, llevando consigo a los dos Príncipes sus sobrinos, a quien servía de ayo y de maestro, enseñándoles el temor y reverencia que habían de tener en los actos y ministerios divinos; oíanle algunas veces en el coro los religiosos que estaban cerca de su silla, por ser pequeño, los santos

advertimientos que les hacía en los versos de los salmos que venían a propósito.

Cantó misa el segundo día de Pascua un religioso; salió el Rey con los Príncipes y con sus caballeros a besar la mano al nuevo sacerdote y hacerle sus ofrendas, y tornóse luego a Madrid.

Como veía el enemigo nuestro que en esta fábrica perdía tanto, por ejercitarse tantas obras de piedad y de religión, tanta continuación de divinas alabanzas, y se criaban tantos sujetos y personas de letras, y que se levantaba como un nuevo alcázar de donde se le había de hacer continua guerra, procuró por mil caminos estorbar su aumento (que es, sin duda alguna, como visible la rabia y envidia que concibió contra esto), y no dejó parte ni camino de cuantos supo para contrastarla, derribarla, deshacerla.

La primera fué un motín de la mayor y mejor parte de los oficiales de esta obra, que eran los canteros. Sucedió que por cierto delito, no de mucha monta, el Alcalde mayor de la villa de El Escorial, que le nombra el prior del convento, prendió a unos vizcaínos canteros, y según él dijo, no con intento de afrentarlos, sino de atemorizarlos, hizo buscar y traer unos asnos en que sacarlos a azotar; entendiéndose entre ellos, y corrió la voz de unos en otros; como se precian tan de hidalgos ellos y los montañeses, amotináronse, de suerte que estuvieron

muchos toda la noche con sus espadas haciendo vela y guardando la cárcel, porque los prendieron de parte de tarde, pretendiendo matar al Alcalde mayor y alguaciles, si los sacaban. A la mañana se habían ya conjurado todos, y sin dejar ninguno en las canteras donde trabajaban, vinieron aquí al sitio con un tambor y una bandera, señalando su capitán; tocaron muy reciamente la campanilla con que llamaban a la obra, y en un punto cesó toda, y cesaron de trabajar, y se juntaron todos con las armas que hallaron y fueron en forma de escuadrón a matar al Alcalde mayor, quebrantar la cárcel y sacar los presos.

Fray Antonio, el obrero, viendo el alboroto, envió allá a los estajeros y maestros para que aquietasen aquellos sus oficiales, y aunque les perdieron el respeto y les decían palabras descomedidas, sin querer desistir de su intento, sirvió para detenerlos y embarazarlos con razones, para que luego y con presteza no ejecutasen su intento; entre tanto, el Alcalde mayor se puso en cobro, y el prior le escribió mandándole que le diese los presos; hizo así, viendo la determinación de aquella gente colérica; mandó abrir la cárcel y sacar los presos, como quisieron, haciendo sus protestas el Alcalde mayor de la fuerza que le hacían. Con esto se les resfrió y mitigó la cólera, y con la misma facilidad que se amotinaron dejaron las armas, muy contentos,

diciendo las palabras que suelen los que ellos llaman borricos. Cuando ya se les pasó el ímpetu, echaron de ver el mal recado que habían hecho; ausentáronse de miedo algunos de ellos, que habían sido como los cabezas del motín. Fué esto en una coyuntura, que aunque parecía negocio de poca importancia, pudiera de un principio flaco resultar un daño grande, como suele con una pequeña centella abrasarse un monte.

Estaban en este Reino los ánimos muy alterados por la alcabala de diez uno, que entonces se introducía, y consideraban algunos que si esta gente acabara el hecho y mataran la Justicia de esta villa de El Escorial, y se fueran con su bandera y tambor, se les juntara mucha gente popular de esta comarca y pudiera crecer súbitamente alguna furia, que el menor daño que de ella resultara fuera la pérdida de esta fábrica, según estaba todo enconado; otros se reían de esto, porque tienen más firmes en este Reino las raíces de la lealtad los vasallos de sus Reyes, como lo vemos en tantas experiencias. Vino de allí a pocos días Su Majestad con la Reina, Princesas e Infantas, a tener aquí el verano. Fray Antonio, el obrero, le pidió perdonase a aquella gente, que no habían pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios. Su Majestad se rió y le respondió con benignidad, mostrando en esto su gran prudencia, entendiéndole cuán verdad era lo que el fraile decía, y si se

hubiera de hacer caso de ello, se habían de poner muchos en las galeras, y aun en la hórca; y así se aquietaron los canteros, que, como el desacato y delito había sido grande, estaban mal seguros hasta este punto. Entendióse que al que alzó la bandera, y al que tañó la campana, y algún otro, los echaron a galeras, castigo bien merecido.

El 14 de marzo de este año de 1578, que también tuvo altos y bajos sucesos, prósperos y adversos, vino aquí el Rey con la Reina Doña Ana, con los Príncipes de Alemania e Infantas, a tener la Semana Santa; ejercitábase en oración y en oír los Oficios divinos, visitar las reliquias santas y otras estaciones tales; el Jueves Santo, según la costumbre de otros años, celebró el Rey el mandato; lo mismo hizo la Reina; él, en el capítulo de prestado, que estaba junto a su aposento; ella, en el capítulo principal, que estaba en aquella sazón acabado.

El día de Pascua, por dárselas buenas a sus frailes, echando bien de ver con cuánta diligencia y fervor andaban en los Oficios divinos, y cuán sin faltar punto acudían a todo, se fué a comer con ellos en el refectorio, haciendo particulares regalos, enviando platos de su mesa a los más viejos, y desde allí corrían hasta los mancebos, porque había para todos.

Sentaba siempre a la mano derecha el Rey a los dos Príncipes, y así venía a quedar en medio Alberto; algu-



nos decían que por ser Cardenal, no advirtiéndolo que aun cuando no lo era se sentaban así.

Pasada la Pascua, se volvieron a Madrid, y luego, el 13 de abril, día felicísimo del glorioso Príncipe heredero de España, San Hermenegildo mártir, y domingo, a las once de la noche, la Reina Doña Ana parió al Infante Don Felipe, que ahora es el Rey nuestro Señor, en la villa de Madrid, en su Palacio Real, y de allí es natural y allí recibió el bautismo, el día de San Felipe y Santiago, nacimiento que por todas sus circunstancias promete felicidad. Con este tan buen suceso, tornaron alegres y regocijadas todas las personas Reales a este Monasterio; entraron el 15 de mayo, para gozar del verano en ésta su Casa, donde se les hizo el recibimiento acostumbrado, y el 21 del mismo mes cumplió nuestro Fundador cincuenta y un años.

Tuvo siempre en costumbre donde se hallaba el día en que cumplía años, en la Misa que oía, salir a ofrecer tantas coronas como era el número de los años y una más, como quien daba señal y hacía reconocimiento y vasallaje al Rey de la Vida, y de quien todos la recibimos y participamos; así lo hizo ahora, y junto con esto ganó un jubileo plénsimo.

Luego, el sábado 23, se sacó el Santísimo Sacramento para la procesión y vela ordinaria de esta Casa; llevó una vara del palio con los otros Príncipes, el Cardenal

y prior de San Juan, teniendo a su lado al Príncipe Don Fernando, como quien le imponía para cosas de semejante piedad, y fué la primera vez que salió a la procesión. Luego, el jueves de la semana siguiente, fué la fiesta del Sacramento, y tornó a llevar la vara del padio, y si cien fiestas de éstas vinieran juntas nunca se le cansaran los brazos, tantas fuerzas daba el amor divino para las cosas de su servicio a este pífisimo Rey. Alegaban de ordinario estas fiestas los niños del Seminario con danzas y representaciones devotas y santas; ofanlas las personas Reales con mucho gusto, por ser los sujetos y motivos llenos de espíritu y buenas consideraciones, y los representantes llenos de una inocencia y pureza santa, criados aquí con las migajas de su mesa.

Pasada la fiesta, se partió para Segovia, y de allí a Parraces, donde para el 18 de junio estaban aprestadas las compañías de hombres de armas de que era veedor general D. Diego de Sandoval, caballero de mucho valor y prudencia, como lo demostró en los cargos que administró; hicieron algunas gentilezas con mucha gallardía y concierto; las compañías eran catorce, y todos en número de ochocientos; rompieron lanzas, escaramucearon y tornearon junto al lugar de Salvador de Múnico, a dos leguas poco más del Monasterio de Parraces.

Vistas las fiestas, con mucha alegría de la Reina, Príncipes e Infantas, se tornaron a San Lorenzo el 21 de junio, y luego, el 29, el Nuncio de Su Santidad, Filipo Segá, Obispo de la Ripa Transina, ordenó de grados al Príncipe Cardenal Alberto, y el lunes y martes siguientes le ordenó de Epístola y Evangelio; estaba sentado el ordenante en un estrado cubierto de brocado, y de allí se levantaba para ir a recibir el orden que se le daba, acompañándole religiosos vestidos con capa de brocado, y el embajador de Alemania, que vino a honrar esta fiesta.

Partieron de aquí para Madrid todas las personas Reales, luego, el 8 de julio; el Rey tornó para la fiesta de San Lorenzo, el agosto siguiente, para ganar el jubileo plenísimo que en aquel día hay en esta Casa.

Vínole estando aquí aquella triste nueva de la muerte de su sobrino Don Sebastián, Rey de Portugal, con la gran pérdida de gente y nobleza de aquel Reino y de éste. No pudo disimular la tristeza y el sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podía tener buen fin. Retiróse luego a su oratorio, envió a mandar al prior que velasen seis religiosos delante del Santo Sacramento, el día que se sacó, y que hiciesen algunas disciplinas y oraciones extraordinarias a su petición. Partió luego al otro día a Madrid, sin ver la casa ni la

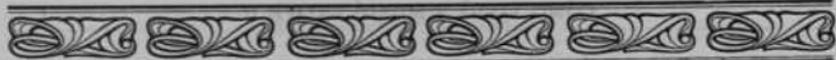
obra, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo, que todo argüía en él mucha tristeza, y sin duda fué uno de los recios encuentros y aun de los mayores daños que él y aun toda España han en muchos años recibido y de donde resultaron tantos daños que jamás podrán restaurarse, pues desde aquel día hasta hoy no se ha visto sino una lista de miserables tragedias que se alcanzan unas a otras. Nuestro prudentísimo Rey procuró disuadir esta empresa de Africa a su sobrino, y el principal motivo que se hizo de la junta en Guadalupe fué para apartar de este intento al mal considerado Rey mozo, y jamás pudo, y vióse salir cierto el pronóstico sobre el cometa del año pasado que afirmó la pérdida de Portugal, y pudiera decir de España. Es esto ya por mil experiencias cierto, que Dios nos avisa con estas señales del cielo; sino que el hombre es tan atrevido, que ni aun el azote del cielo no teme, a costa de ejecutar sus intentos.

Murió en el entretanto el Príncipe Don Fernando. Entendió el católico y pío Rey que tan fuerte encuentro y azote tan duro nacía de sus pecados y de los del Reino; recibiólo con mucha paciencia y acción de gracias. Parece bien haber sido esto así, por las cartas que escribió a diversas partes; para que se vea, quiero poner aquí el traslado de una enviada a Marco Antonio Colona, Virrey de Sicilia:

«El Rey. Ilustre Marco Antonio Colona, primo mío, Virrey y Lugarteniente y Capitán general: Habiéndose nuestro Señor servido de llevar para sí, a los 18 de este mes de octubre de 1578, al Serenísimos Príncipe Don Fernando, mi hijo, con sumo desplacer y sentimiento, por lo que (allende de ser hijo mayor y tan amado Príncipe heredero, y jurado en estos Reinos) su buena y mansa inclinación y grandes muestras de virtud prometían; ha parecido avisaros de que este golpe (aunque tan sensible) le hemos recibido de su bendita mano con mucha conformidad de su santa voluntad, dándole infinitas gracias por la merced que fué servido hacerle en colocarle en tan tierna edad y en estado de inocencia en su soberano Reino, para que, entendiéndolo así, como se debe cristiana y católicamente, proveáis que no se haga en ese Reino, en general ni en particular, demostración alguna de tristeza exterior de honras, luto ni otra cosa semejante a éstas; antes en su lugar devotas procesiones, publicándole gracias por ello y suplicándole con mucha humildad aplaque su ira, no mirando las culpas y ofensas que contra Su Divina Majestad se cometen, y para que más dignamente se haga esto, y le pluga de volver sus ojos de misericordia a los trabajos y aflicciones que su Iglesia y pueblo cristiano padecen, procuréis cuanto es de nuestra parte, y la vuestra, como ministro nuestro, que cesen los pecados y escán-

dalos con que Su Divina Majestad tanto se ofende, y para que, cesando también su ira, como efectos de ella, se haga de esta manera su santa voluntad, y sea en sus criaturas su glorioso nombre establecido y glorificado. Dada en Madrid a 28 de octubre del año 1578.»

Carta es esta, a mi parecer, cual pudiera escribirla un santo Rey Ezequías. Estuvieron retirados Rey y Reina, y el Príncipe Cardenal, en San Jerónimo, de Madrid, por el justo sentimiento de tantas muertes; vinieron aquí la víspera de Navidad, a tener las fiestas, y pasada la Epifanía se tornaron a Madrid.



X

Nueva estancia del Rey en el Convento. Toma de posesión del Reino de Portugal. Epidemia de gripe.

EN 1579 vino el Fundador aquí el lunes de la Semana Santa muy solo, a retirarse aquellos santos días y gozar de la quietud de este recogimiento y de los Oficios divinos. Estábase en el oratorio de su aposento muchas horas de noche y de día en la presencia del Santo Sacramento, haciendo estado a su verdadero Señor y Rey, y allí, sin duda, aprendía; y Dios secretamente le inspiraba en el alma lo que había de hacer después; presentábale y ofrecíale su alma y su vida y su Reino, y sus ovejas, poníase todo en sus manos y a veces también le rogaba enderezase esta fábrica en su santo servicio, pues conocía no pretendía otra cosa en ella, ni otra fama ni otra gloria, sino sus continuas alabanzas. ¿Quién no dirá que le oyó Dios, pues lo vió todo con sus ojos tan cumplido y acabado, y se

lo dejó gozar tan despacio? El Jueves Santo hizo el mandato, lavó, según su santa costumbre, los pies a los trece pobres viejos, y dióles de comer y de vestir y calzar, y otras limosnas. Hacía aquello el piísimo Rey con tanta alegría y devoción, que me parece a mí, según yo le consideraba el semblante, quisiera que cada día fuera Jueves Santo; ponáles los platos y quitábalos, y como viera que algunos, o por lágrimas o por la vergüenza, no comían, rogábales que comiesen. En el entretanto que duraba la comida estaba un religioso leyendo y aun muchos llorando, viendo en espíritu en el retrato de aquel Rey temporal la humildad y la caridad ardiente de aquel Rey eterno que vino a lavar las culpas de los hombres y a juntarlos a sí mismo para que muriesen con él y con él resucitasen. El Viernes Santo salió a adorar la Cruz, y se postró a besarla con ojos y con boca.

Llegó al punto D. Luis Manrique (como lo tenía de costumbre) y púsole delante muchos procesos de hombres condenados a muerte a quien ya habían perdonado las partes, para que perdonase él la que tocaba a la justicia, en día de tanta misericordia, para que Dios la tuviese de su alma; él los perdonó y dió la bendición y seguro, para que ya nadie los molestase.

El día de la Pascua se fué a comer con sus frailes al refectorio, y pasada la fiesta, se tornó a Madrid. Tuvo

este año de 1579 la fiesta del Corpus en Toledo, con la Reina y las demás personas Reales, y llegaron aquí para la víspera de San Juan, donde también procuraron los niños del Seminario regocijarla con algunas danzas y representaciones santas, que de camino, y entre aquellas burlas, se mezclaban hartas veras, avisos, devoción, lágrimas y otros buenos sentimientos. Estuviéronse aquí las personas Reales hasta el mes de octubre, sin hacer ausencia, si no fué la ida del Rey a Madrid, quedándose la Reina (daban prisa algunos negocios, parte manifiestos y parte muy ocultos, como se vió en la prisión de la Princesa de Eboli y del secretario Antonio Pérez, que fueron a 29 de julio de este año de 1579).

Murió en 31 de enero de 1580 el Cardenal Enrique, Rey de Portugal, al punto de un eclipse de la Luna que entonces hubo, cumplidos puntualmente ochenta y ocho años, porque en el mismo día había nacido, y el año de 1009 había comenzado a reinar en Portugal el Conde de Loringia Enrique, por haber casado con Doña Teresa, hija bastarda del Rey Don Alfonso VI, y le dió Portugal en dote. La legítima y derecha sucesión del Reino tocaba a nuestro Fundador, el Rey Don Felipe II, y así le fué forzoso partirse de Madrid a 5 de marzo de este mismo año de 1580, a tomar la posesión de aquel Reino. El discurso de todo esto ya está muy bien escrito de otros.

Fué éste, aquel año tan famoso en Europa por el universal catarro que anduvo en ella tan agudo y tan peligroso, y que derribaba con tanta presteza a los que hallaba convalecientes, aunque se pasaba presto; y con ser tan notable, y al parecer una malicia de aire tan repentinamente corrompido, no habían nuestros astrólogos vístole en sus horóscopos; y porque lo digamos todo, un José Meletio solo en las efemérides de este año dijo así: «*Humanum genus molestabitur aegritudinibus pectoris, et catharralibus humoribus*: Serán los hombres molestados con enfermedades del pecho y humores de catarros.» Esto dijo éste, y para como ellos suelen encarecer las cosas, está con harta templanza y aun con harta generalidad dicho.

A esta Casa, como a todas las demás, cupo buena parte; aunque nunca faltó en ella misa, los laborantes padecieron, muriéronse algunos, porque los cogió desabrigados y en el campo. A nuestro Rey Fundador puso en gran aprieto estando en Badajoz, para entrar a tomar la posesión del nuevo Reino de Portugal; hizo testamento, entendiendo el peligro en que se veía, y envióle a guardar al Archivo de esta Casa.

Cayó luego la Reina mala en la cama, dicen que de la pena y sentimiento de ver así al Rey; y que pidió a nuestro Señor pasase en ella el azote de su ira y que dejase al que tanto importaba para el bien de la Cristiandad.

El año de 1581, a 29 de junio, entró en Lisboa el nuevo Rey Don Felipe II, nuestro Fundador, acompañado de muchedumbre de caballeros castellanos y portugueses, donde se le hizo un gran recibimiento por mar y por tierra.

Después de haber tomado la posesión del nuevo Reino de Portugal, con que volvió España a la perfección antigua y se cerró el cerco de la Corona e Imperio de toda ella sobre una tan católica y pía y prudentísima cabeza, don y merced del cielo reservada, por más de novecientos años, para Felipe II; vióse en él (quiero tomar esta licencia breve por lo mucho que a mi Rey, Fundador y Bienhechor de mi Orden y de mi Casa, debo), vióse en él, digo, lo que jamás desde aquellos dos padres del linaje humano, Adán y Noé, en ningún Príncipe terreno se ha visto, que con sus brazos e Imperio abraza toda la redondez de la Tierra, y tiene súbditos y vasallos en todas las cuatro partes del mundo, Asia, Africa, Europa y la última llamada América, y navega como Señor con sus bajeles y armadas todos los mares, mirando el uno y el otro Polo, llevando y caminando sus capitanes y gentes sus Reales banderas, como dicen los poetas, de Antártico a Calixto, y juntamente hacen el curso que este Sol que nos alumbra hace, sin que para ellas se esconda, partiendo con él desde el mar de Atlante, y llegando al Reino de la Aurora tornan (hecho

un admirable y no creído círculo a las tierras y a los mares) al punto mismo donde salieron, lo que no se vió jamás con gran parte en ninguna de las Monarquías que celebra la antigüedad, medos, persas, babilonios, griegos ni romanos; y lo que es más admirable, digno de memoria eterna, que debajo del nombre de Felipe II se vió por primera vez hacerse sacrificio al verdadero Dios y ofrecerle a su Hijo Jesucristo en todas estas cuatro partes de la tierra habitable y en las islas más escondidas y remotas, y allí suena el nombre dulcísimo de nuestro Reparador y Maestro Jesucristo, y de la Iglesia Católica, llevado por sus vasallos y súbditos, lo que tampoco se había visto en tiempo de algún Príncipe cristiano, ni de muchos juntos. Premio y parte de gloria de la piedad y méritos de tan Católico Monarca, de quien dijo aguda y graciosamente un portugués que no se ponía el sol jamás en Casa del Rey Felipe.

Acabada, pues, esta hazaña y dejando Su Majestad en aquel nuevo y sosegado Reino como Virrey al Serenísimo Príncipe Cardenal Alberto, su sobrino, de cuya prudencia y valor grande tenía experiencia larga, dió la vuelta para su centro, desde donde tiraba con admirable rectitud y justicia todas las líneas del gobierno a la circunferencia de su amplísima Corona. Tornó por Badajoz, y de allí vino a Nuestra Señora de Guadalupe, donde hizo las gracias debidas a tan alta y singular

Patrona de las muchas mercedes que por su intercesión había recibido de su Hijo, Señor universal de Cielo y Tierra. De allí partió a San Jerónimo de Guisando; tornó a visitar aquellas cuevas que fueron sepulturas santas de aquellos hombres tan vivos a Dios, como muertos al mundo. Llegó a la dehesa del Quejigar y primero visitó una ermita devota que está escondida en aquellas sierras de Avila, llamada Nuestra Señora de la Nueva, por gozar de camino de los favores que en estas visitas la Reina soberana le hacía; holgóse de ver la viña que por su mandato y orden se había plantado en aquellos pinares; entró en la casa que se iba edificando; vió las bodegas y lagares que se hacían para recoger la cosecha, tan grande y tan hermosa; de todo recibía gusto particular (natural efecto de la labor de nuestras manos).

Llegó aquí el 24 de marzo, víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, el año 1583; salióle a recibir un hermoso escuadrón de maestros, oficiales y peones de esta fábrica, puestos en orden, con los instrumentos que usaban en ella, que no era mal espectáculo ver tantas diferencias. En llegando al pórtico principal, salió el convento en procesión a recibirle, vestido el prior de capa y con la Cruz de *Lignum Crucis* en las manos, danzando los niños del Seminario, para alegrar la entrada. Hecha la adoración de la Cruz en un sitio

de brocado aparejado para esto en el mismo pórtico, comenzaron los religiosos a cantar el himno textual *Te Deum laudamus*, y así fueron hasta las gradas del altar mayor, donde estaba otro sitial, y donde se puso de rodillas en tanto se acabó el himno y la oración. Oyó luego dos misas rezadas desde su oratorio, y las Vísperas de la Anunciación, porque era Cuaresma; el día siguiente anduvo en la procesión, con gran acompañamiento de caballeros castellanos y portugueses; oyó la misa mayor, y a las Vísperas se subió al coro, para gozarlas más cerca y ver a sus religiosos despacio; quiso hiciesen luego las honras de la Reina Doña Ana, su querida mujer; comenzáronse a la tarde, en que se dijo la vigilia, y al otro día la misa; entró después a dar una vuelta por la Casa, mostrándosela al Obispo de Viseo, Capellán mayor de Su Majestad, y aun subió a ver lo alto del cimborio o cúpula de la iglesia, que estaba ya desembarazado de los andamios y grúas.

Partióse luego el domingo, a 27 de marzo, para Madrid, y pasó el puente que había mandado hacer en el río Guadarrama, en nombre de San Lorenzo, poniéndosele sus parrillas, que se acababa entonces.

Entró en Madrid el 29, donde se le hicieron fiestas y gran recibimiento, entrando en público, a lo que acudió infinidad de gente. Después de asentadas y proveídas mil cosas, la Semana Santa siguiente tornó a con-

tinuar sus santos ejercicios; llegó aquí el lunes, después de Ramos; hizo el mandato, como solía, lavando los pies a sus pobres con aquella devoción de siempre. Trajo consigo al Obispo de Viseo y a otros caballeros de su Cámara, queya venían juntos castellanos y portugueses. Salió el Viernes Santo a adorar la Cruz, y antes de llegar le puso delante D. Luis Manrique, su Limosnero, muchos procesos de hombres condenados a muerte a quien habían perdonado las partes, y ellos satisfecho; perdonólos él como suprema justicia, y luego se hincó de rodillas y besó con ojos y boca el Santísimo *Lignum Crucis*, suplicando al Señor de los Señores, que allí se puso, le perdona-se sus pecados, como él perdonaba aquellas muertes Confesó y comulgó el día de Pascua de Resurrección, y ganó un jubileo plenisimo que había enviado el Papa Gregorio XIII; y pasada la fiesta, se tornó luego a Madrid, porque en estas venidas a menudo no pretendía más que cobrar aliento y espíritu y ofrecerse a Dios para que le alumbrase en el gobierno de tantos Reinos; con esta misma consideración tornó aquí para las fiestas de la Ascensión, Pentecostés y Corpus Christi, y celebrábalas con muchos actos de devoción y oración, ocupándose algún ratillo después de comer, y para entretenimiento, en ver la fábrica y las trazas o salir por el convento. Y acabadas estas fiestas, se tornó luego, en los primeros de julio, a Madrid, como quien volvía de vacaciones santas.

XI

*Traslación del Santísimo a la nueva iglesia
del Monasterio, con asistencia del Rey.*



Al fin, puesto todo a punto, con universal alegría y contento, el día 9 de agosto, vigilia del glorioso mártir San Lorenzo, que fué viernes, de este año de 1586, dichas las horas en el coro e iglesia pequeña, y la misa del día, a las ocho de la mañana se juntó convento y colegio y Seminario en la misma iglesia; salió Su Majestad y Príncipe y toda la Casa Real de su aposento, y juntos todos, el prior, vestido con su casulla, y los ministros con dalmáticas, en solemnísimá procesión, pasaron el Santo Sacramento a la iglesia principal, y le pusieron dentro de aquellas riquísimas custodias; el prior llevaba en las manos la custodia de oro, viva Arca del Testamento, donde se encierra, no la vara del castigo riguroso, ni la ley y pacto antiguo, ni el maná formado del rocío de este aire por ministerio de

criaturas para aquel pueblo duro, animal terreno, sino la de la gracia, amor y dulzura, lleno de suavidad escogida para los hijos de Dios espirituales y santos. Llevaban las varas del palio el Rey y su hijo el Príncipe Don Felipe, que aunque pequeño ya tenía gusto de cosas espirituales, por ser industriado de tan buen maestro como su padre, y con ellos otros caballeros de su Cámara; y el pío Rey y cuantos con él iban, en vez de aquella multitud de ovejas y becerros que Salomón y todo el pueblo sacrificaron a Dios el día que se edificó el Templo y se puso en el Arca (como si Dios hubiera de comer tantas carnes de animales), le iban ofreciendo y sacrificando loores, alabanzas, gracias y lágrimas de corazones contritos, devotos y humildes, propio manjar de Dios, que jamás le supo mal y siempre tiene gusto de los becerros de nuestros labios. Salió esta procesión por la puerta de la iglesia pequeña que cae al claustro que llaman del refectorio, y por allí derechos fueron a salir por la portería del convento, y pasando el tránsito que va al colegio, entraron por la puerta principal de la iglesia, y por el sotacoro, y por la reja principal de la iglesia, donde estaba la guardia del Rey, para que de allí adelante no entrase nadie, sino la gente principal de la Casa Real; iba el coro cantando hasta allí, los himnos del Santo Sacramento; en llegando a la reja entonaron los seis cantores, que iban con capas, el himno *Te Deum*

laudamus, y como respondieron con aquellos fortísimos órganos, que retumbaban en toda la iglesia, y juntamente entraron por aquella nave principal, tan clara, tan ancha, tan alta y tan hermosa, y la luz y resplandor ardiente de la custodia, que parecía una brasa encendida, reverberaba en los ojos y traspasaba las almas, los altares estaban tan hermosamente aderezados, y tantas luces en todos ellos y por el cuerpo espacioso de la iglesia, puso una admiración grande en los ánimos, porque pareció se entraba en una gloria no vista jamás, y sin duda no hubiera pecho tan duro y tan sin Dios que no se enterneciera y ablandara en lágrimas de dulzura espiritual, y así se vió en todos un sentimiento vivo mezclado de reverencia y alegría, levantando los corazones a las divinas alabanzas de su gloria. Subieron el prior y los ministros hasta las gradas últimas del altar, quedando todos los religiosos en su mismo orden por todo el cuerpo de la iglesia tendidos.

El Rey, Príncipe y los que llevaban con él las varas del palio llegaron hasta la mesa que se hace encima de las primeras gradas, y dejándolas allí, se entraron en el oratorio: la Señora Infanta Doña Isabel iba detrás de su padre con un cirio blanco en las manos, y otras muchas señoras y damas de su Palacio, y se entraron juntamente en los oratorios que están a los lados de esta mesa; el Rey, Príncipe e Infanta, en el oratorio que está

al lado de la Epístola, donde tiene su aposento; y las damas, al que está al del Evangelio, donde cae también el aposento de la Reina e Infantas. Dichas las oraciones competentes, y puesto el Sacramento en la custodia, los religiosos se subieron al coro; el prior y los ministros tornaron a la sacristía, y salieron luego a decir la misa primera mayor, que fué del Espíritu Santo, y tras ella se comenzaron luego otras misas rezadas, en otros altares, por algunos religiosos, holocaustos vivos encendidos de suavísimos olores, hostias, ofrendas y víctimas de satisfacción infinita, en quien se remataron con suma perfección todos los sacrificios antiguos, fin de toda aquella vieja mística ceremonia y fin principal de todas las iglesias, y remate de los deseos de Felipe, que hoy con alegre corazón gozó lo que tanto deseaba y vió por sus ojos el fruto de la labor de sus manos.

Pienso que estuvo en tanto se dijo esta misa puesto en alta meditación y en un éxtasis soberano, haciendo, como otro Salomón, infinitas gracias a su Creador y Rey eterno, por haberle hecho tantas mercedes y favores, que le dejase ver acabada una fábrica que comenzó con tanto deseo, de que en ella fuese siempre servido, loado, adorado y bendito.

Celebrado este tránsito y la misa con gran solemnidad y regocijo de las almas, a la tarde se dijeron las Vísperas de la fiesta del glorioso mártir Lorenzo con la

majestad que fué razón; el Rey y sus dos caras prendas las oyeron desde una ventana que se hizo para este efecto encima de las sillas del mismo coro, que cae a la parte de la Casa Real.

Cuando el prior fué a incensar el altar (no quiso el Rey que hiciese este día el Oficio Prelado ninguno, que lo pensaron muchos, sino el mismo prior de su Casa) al *Magnificat*, llevó cuatro religiosos antiguos, que le iban acompañando, con capas tan ricas como la suya, y esta fué la primera vez que se usó esto en esta Casa; trajo aprendida esta ceremonia el Rey de lo que vió en nuestras casas de Portugal, parecióle bien, quiso que aquí se usase, y así se juntan en el coro once capas para el *Magnificat*, cuando celebra el prior en las fiestas más principales, que es cosa de gran autoridad, y todo poco para lo que a este tan alto cántico se debe devoción, adoración y reverencia.

El día siguiente (dejo los Maitines y otras horas y devotos ejercicios que en lo secreto, y en medio del silencio de la noche y de la aurora, los religiosos pasaron con Dios a sus solas, propias fiestas y gustos en que no se mezclan otros), a las ocho de la mañana, estaba ya Su Majestad y personas Reales a punto, y se hizo una solemne y devota procesión por el contorno de la iglesia; que, como tiene tres naves, por cualquier lado que la miren, está muy a propósito para esto. Fué en ella el

Rey con el Príncipe y caballeros; la Infanta estaba en su oratorio, gozando también de ella, que se alcanza desde allí a ver todo el cuerpo principal de la iglesia; hubo mucha música de la que nosotros usamos, tan llena de majestad y de devoción, como todos saben; ayudaban a ella los músicos de la Capilla Real con voces e instrumentos, que suenan en esta iglesia admirablemente, como si hubiera aquellos vasos de metal que usaron los antiguos en sus teatros (1) para que se oyesen distintamente y con armonía las voces de los que cantaban, tañían o representaban. Comenzóse luego la misa y cúpome a mí (pudieran hacerlo otros mejor) predicar el primer sermón de aquesta insigne iglesia, y también prediqué el postrero de la iglesia que había servido de prestado en tantó que se edificaba ésta.

Fué el día de Santiago el Zebedeo, también Patrón de España, y en la presencia del mismo Rey Felipe, que por haber sido yo colegial de este su colegio, y estar vecino de El Parral, de Segovia, le pareció a Su Majestad que fuese todo de la cosecha, y así se lo dije en este sermón, a vuelta de otros pensamientos que se me ofrecieron, o que se nacieron con aquel grano divino que se multiplicó muriendo en tanta copia de mieses, por la virtud infinita que en sí encierra, para atraer y

(1) Vitru., lib. V, cap. IV.

convertir en sí la substancia de toda la tierra, si una vez se siembra y se recibe en ella; mas no es lugar ni tiempo de predicar; quédese esto aquí para otro día. Concurrió a esta fiesta mucha gente de las ciudades y villas comarcanas de Madrid, Toledo, Segovia y Avila, pensando que habían de gozar más de ella y pasear la Casa; mas como el dueño era tan enemigo, o tan ajeno de ostentación, ni de hacer aplauso de sus obras, teniéndolas en el alma, tan solamente dedicadas a Dios, y sabía también que como es espíritu quiere ser adorado en espíritu, no quiso hacer plato a la carne y a la sangre; quisiera él, si fuera posible, estar a solas en este destierro con sus Jerónimos; mas ya que no puede ser tanto, contentóse con hacer la fiesta con el menor ruido que pudo; con todo eso, porque la gente no se desconsolase, mandó que antes de comenzar la misa mayor se les mostrasen las reliquias desde las ventanas del coro, en el altar del Crucifijo, que se ve desde el patio del pórtico, y después, a la tarde, se enseñaron otras dos veces, para que las gozasen todos; por las rejas también se alcanza a ver todo el cuerpo de la iglesia, la misa mayor y otras particularidades, y se oyen los Oficios divinos; aunque no el sermón, por la mucha distancia.

A la tarde se dijeron las Vísperas con la misma solemnidad; subió el Rey, llevando consigo al Príncipe,

a oírlas al coro principal, y aquí también dió señas de su gran piedad y modestia: no sólo no quiso ponerse en la silla del prior, mas ni aun en las que están junto de ella señaladas en grandeza, sino en el rincón de la mano derecha, en una silla que, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las otras, y en ellas se pusieron padre e hijo, mandándole al prior que no se mudase de su silla. Esta manera de asiento guardó en todo el tiempo que vivió las veces que quiso gozar del coro más de cerca; y la misma, con otras mil cosas de éstas, heredó su hijo Felipe III, el Rey nuestro Señor que hoy vive, pues no ha querido jamás otro asiento, sino el mismo que le enseñó la piedad de tal padre; tanto importa la primera leche para las cosas de la religión.

A los 30 de agosto de este mismo año de 1586 quiso Su Majestad que se celebrase la fiesta de la dedicación de esta basílica de San Lorenzo con sus octavas, y se hiciese para siempre en el mismo día, que es el de los mártires Felices y Aducto.



XII

Pérdida de la Armada Invencible.

EN 21 de mayo de 1588 ganó el jubileo que tenía concedido para el día en que cumplía años, y éstos ofreció a Dios, que eran sesenta y uno, y comenzaba el de sesenta y dos; salió a hacer la ofrenda de otros tantos escudos, llevándola su hijo en las manos, muy galán con un vestido blanco, señal de que vestía también el alma, y pienso que iba más a ofrecer el hijo que las coronas, porque era la prenda que en más estimaba. El 30 de este mes partió de Lisboa aquella infeliz Armada para Inglaterra, y parece que desde luego dió avisos el cielo que no le era muy grata esta jornada, y que no se urdía esta tela por su consejo, sino que era discurso humano. Murióse el Marqués de Santa Cruz, capitán que la había de guiar, hombre criado y ejercitado en una y otra mar, y de los que llaman venturosos y afortunados los que piensan

que hay fortuna, porque tratan poco de la Divina Providencia. En saliendo del puerto, de allí a poco padeció una tormenta que la echó en el puerto de La Coruña, como avisando que no porfiase en su intento; tornó a partir de allí (que no partiera) el 23, tiempo sin razón y peligroso para aquellos mares; embocó por aquel canal sin tener un día sereno en todo el viaje.

Los enemigos estaban bien apercebidos; el orden que de acá se llevaba, dicen que ciego; el recado y prevención que había de haber en Flandes, ora fuese por descuido o por malicia, ninguno; entraron aquellos vasos tan grandes por un mar peligrosísimo, llevados del viento y de la poca prudencia, y al fin se perdió poco menos que toda y la mejor Armada que habían visto aquellos mares; perdióse mucha y muy lucida gente: marineros, soldados, capitanes, muertos de sed en el agua, comidos de peces y sorbidos por las ondas, y perdióse la reputación de España, porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos, viéndonos huir casi sin que nadie fuese tras nosotros; y lo peor y que más lastima y duele, que perdió la verdadera religión nuestra con el pérfido enemigo mucho crédito, pareciéndole, y publicándolo así, que Dios estaba de su parte, y, al fin, fué la mayor pérdida que ha padecido España de más de seiscientos años a esta parte, según lo afirman los que la tantearon de cerca, y lo peor, que no se escarmentó

con esto. Hubo en medio de esta tan grande pérdida un gran interés y ganancia para las almas, porque se hicieron en estos Reinos las más extraordinarias plegarias y devociones que yo he visto jamás en ella, tanto, que se dió motivo para que, burlándose de nosotros, los extranjeros dijesen en sus pasquines que la Armada de España, con las oraciones, se había subido al cielo. Fué cosa cierta (dirélo para memoria de los que vinieren) que estuvo la gente seglar y la muy cortesana tan contrita y tan devota en el verano todo que se entendió partía la Armada, que en Madrid se frecuentaban tanto las iglesias y los Sacramentos en las fiestas de San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, que parecía más Semana Santa que mañana de San Juan, donde se suele desenfrenar tanto la gente en comidas y juegos y otras lujurias harto ajenas de buenos cristianos, que creo yo fué más lo que se ganó en esto que lo que se perdió en las Armadas. En esta Casa, como estábamos a los ojos y en la presencia del Rey, que deseaba y le importaba tanto el buen suceso, se hicieron por todos los religiosos en común y particular muy extraordinarias penitencias, y en género de devoción y plegarias, cosas muy desusadas. No quiero, por ser parte, decir más de esto, mas podré añadir que lo agradeció el Rey en entendiendo y oyendo lo que en la iglesia pasaba en lo más secreto de la noche, antes y después de Maitines,

que no debía de dormir, puesto que lo oía. Con todo eso sucedió lo que todos sabemos y lloramos.

Tengo por cierto que el celo e intento santo de nuestro Fundador fué muy acepto a la Majestad Divina, y que convirtió en grande bien lo que nosotros con la cortedad de nuestros discursos tuvimos por grave pérdida y daño, y es bien que con estos ejemplos abramos los ojos para adelante, y no nos abalancemos a juzgar, y creamos que nuestra soberbia y presunción deshacen lo que merecieran las oraciones, lágrimas, ayunos y penitencias de muchos: mas ya basta esto, para que no alarguemos demasiado la licencia.



XIII

*Bautizo de un judío. Devoción del Rey a las reliquias
de los Santos.*

EL año siguiente de 1589, a 22 de marzo, entró nuestro Fundador con sus queridos hijos, Príncipe e Infanta, y los caballeros ordinarios, en esta Casa a tener la Semana Santa y continuar las estaciones conocidas, y el mismo día se acabó de asentar en el coro uno de los mayores y más hermosos facistoles que debe de hallarse en todos los coros de las iglesias de Europa; subió luego allá el Rey y holgóse verle tan acertado y de tan buena traza. El día siguiente mandó se celebrasen las exequias de la Reina de Francia Doña Catalina de Médicis, abuela de nuestras Infantas Doña Isabel y Doña Catalina; dijose el jueves la vigilia, y el viernes, de mañana, la misa mayor, todo con la misma solemnidad y aparato que por las otras personas Reales, y Su Majestad y Altezas se pusieron

lutos. El Jueves Santo celebró el Mandato, ayudándole su hijo, como otras veces, y con igual devoción, asistiendo a todos los divinos Oficios, que se celebraron con solemnidad y concierto, como siempre o algo mejor. El postrero día de Pascua quiso Su Majestad fuesen padrinos el Príncipe e Infanta, sus hijos, en el bautismo de un judío principal de Fez que se convirtió a nuestra Fe y quitó el velo de Moisés que tenía delante de sus ojos; la ocasión que tuvo, dejada aparte la merced del cielo y las inspiraciones divinas que Dios puso en su alma, dicen que fué ver el castigo que se hizo en Portugal por los inquisidores en aquella priora de la Anunciada, gran pintora de llagas fingidas, con que engañó a muchos: a unos por ser sencillos y buenos, que son fáciles de engañar los que piensan que nadie miente; a otros como indiscretos adoradores de hipocresías y santidades postizas y artificiales, cuales eran las de esta mujer vana, que sin arte del diablo supo venderse a todo el mundo por santa, y quiera Dios que escarmenemos con esto. Viendo, pues, este hombre prudente, docto en la lengua hebrea y en su ley, que los censores de la fe cristiana no permitían ficciones ni mentiras para autorizar la cosa que usan mucho en otras sectas vanas, tuvo por cierto que estribaban sus cosas en más alto principio. Quiso, pues, nuestro pío Fundador favorecer y autorizar esta causa y que sus dos hijos le pro-

hijasen al nuevo cristiano en Cristo; llamóse Don Pablo; el ministro de este Sacramento fué García de Loaysa, maestro del mismo Príncipe. Andadas estas estaciones, partió de aquí el Rey el 4 de abril y fué a otra de no menor piedad en la villa de Alcalá de Henares, que le estaba aguardando para celebrar la fiesta de la canonización del santo fray Diego, donde asistió con mucha devoción, y de allí vino por Aranjuez y entró a pasar aquí el verano, que se pasa bien, en 29 de abril. Entretúvose Su Majestad y Altezas en lo que otras veces: daba vuelta por su Casa y adornábala de pinturas riquísimas, mandándolas poner en su presencia, y otros adornos en el mismo edificio, para que todo correspondiese con extremada proporción y gracia en la entereza de todo el cuerpo de esta fábrica.

La Octava del Sacramento del 1591 entró el Rey, con sus hijos y con los que de ordinario en estas retiradas le venfan sirviendo, en este convento. Hallaba siempre algo de nuevo que ver; ahora lo que más gusto le dió fué la mudanza de la iglesia o capilla de prestado que había servido en tanto que se edificó la principal; que se bajó el coro alto al mismo suelo, y se deshizo la celda y aposento en que él había vivido muchos años, y mandó quitar la reja que la dividía por la pila del agua bendita; que se llevase a la iglesia de Parraces, y quedase toda la pieza exenta, como ahora se ve, que es muy

hermosa, y donde quiso que se hiciese el Oficio del entierro de los religiosos. Trajo esta vez Antonio Voto, guardajoyas, por mandato de Su Majestad, grande copia de reliquias de Santos que el santo Rey andaba allegando por el mundo para hacer bienaventurada esta Casa con tan divinos tesoros, y con ellas muchos y muy preciosos relicarios y vasos de oro, plata, piedras preciosas, bronces dorados y cristales en que ponerlas, y así fué forzoso componer de nuevo los dos relicarios que están en esta iglesia; haré después discurso y tratado de esto; ahora diré sólo un particular para que se vea siempre la gran piedad de este Príncipe. Fué necesario poner en una pieza grande, sobre unas alfombras y lienzos, todos los relicarios y cofres, para repartirlas con buen orden y mudarlas de los cofres de seda en que vinieron a los vasos y custodias preciosas, donde pudiesen todos verlas, gozarlas y adorarlas. Subíase allí desde su aposento el Rey, unas veces solo, otras acompañado de sus hijos. Estando allí, me pedía algunas, y aun muchas veces (tenía yo entonces a mi cargo aquellos santos tesoros) que le mostrase tal o cual reliquia; cuando la tomaba en mis manos, antes que me pudiese prevenir de algún tafetán o lienzo, se inclinaba el piísimo Rey, y quitado su sombrero o gorra, la besaba con boca y con ojos, en mis propias manos, que por ser algunas pequeñas era fuerza besármelas también mil veces, y creo

que con esto quería de un camino hacer dos obras santas, mostrando no estimar en menos las manos donde se consagra Jesucristo que aquellos huesos, fundas un tiempo de las almas que fueron aquí templo del Espíritu Santo. Tras él, imitándole, sus hijos hacían lo mismo, donde muchas veces veía confundida mi poca devoción y tibieza y aprendía en cuánto se ha de estimar lo uno y lo otro. Esto pasábamos a nuestras solas y en secreto, en aquella santa cuadra, y es razón que se diga a veces sobre el tejado para confusión de los herejes y de otros tibios cristianos; consideraba yo entre mí las ocasiones que buscaba para hacer esto muchas veces, preguntándome de algunas reliquias cuyas eran, o dónde las tenía, o mandándome que las pasase de un relicario a otro, sabiéndolo él todo muy mejor que yo, porque tenía feliz memoria, y por ganar en estos trueques y cambios los frutos y réditos que ahora goza con un excesivo logro.



XIV

Iluminación que mandó hacer el Rey el día de la consagración de la iglesia.

uiso también el Rey regocijar la fiesta, y el gozo que ardía en su pecho despertarlo en el de todos: mandó que se pusiesen por todo el templo y por la Casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne día no fuese oscura; hiciéronse muchas, no conciertan los oficiales en el número: unos dicen seis, otros cinco mil, otros más, otros menos; éstas eran unas lámparas de barro llenas de aceite, rodeadas con papel aceitado para defenderlas del aire; tenían unas mechas o torcidas que, aunque de estopa, las hilaron las damas de la Infanta, y aun ella creo no se desdeñó de hacer alguna por entrar en parte de la fiesta. Al punto que cerró la noche se encendieron todas con harta presteza y se vió una de las más alegres vistas que se pudiera imaginar. Como el ventanaje de la

Casa es tanto y tan bien guardada proporción, y en todas ellas estaban tantas luces, veníase a los ojos una compostura de gloria; los bordes, boceles y antepechos de las torres y del cimborio, hasta las agujas y bolas y los pretilos y antepechos del jardín, estaban todos con este mismo adorno, perfilados y guarnecidos de luz; mirando todo desde lejos, como estaban las lámparas tan juntas, no hacían casi intervalo, ni dejaban mellas ni obscuro, parecían franjas de oro, no sé cómo lo diga, parecían gargantillas o como caireles mucho mejor que de oro, porque eran de una continuada luz, que, como es de otro ser más alto, hacía unos visos y vislumbres de tanta hermosura en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecía cosa de la tierra; jurara quien la veía se parecía mucho a aquella Jerusalén Santa que vió el Apóstol descender del cielo. Hacía parecer esto así estar los ánimos tan aparejados con oraciones y ayunos, llenos de devoción y puestos en una contemplación soberana, adivinando las almas aquello que tanto desean, esperando con íntimos afectos verse ya hechos piedras vivas, moradores y ciudadanos de aquella patria soberana. Viéronse estas luminarias, por ser tantas, desde Toledo y desde Ocaña, y desde otros lugares, porque los que tenían noticia de la fiesta estuvieron sobre aviso y pudieron mostrarlo a otros. Salió el Rey de su aposento; lleváronle en una silla,

porque la gota le tenía impedido; subió al claustro alto del convento, para gozar de la vista y del fruto de su santa invención. El Príncipe, nuestro Señor, quiso mirarlo desde cerca y desde lejos; bajó a caballo hasta el pueblo, y subió a la sierra hasta el arca del agua, acompañado de sus caballeros, y se alegró mucho con las vistas. En todos, finalmente, bullía un celestial alborozo, que ni puede escribirse ni significarse; y aunque más me esfuerce a declarar esto, quedará siempre obscuro para quien no gozó de la vista. Una cosa hizo a muchos maravilla y lo tuvieron como por milagro o merced del cielo, que no peligrase nadie aquella noche; porque se pusieron estas luces y lámparas en lugares tan altos y peligrosos, que pone pavor mirarlos de día, y subieron a ellos de noche muchos peones de la fábrica y otra gente torpe tan proveídos de vino como las lámparas de aceite; y en medio de tantos candiles, Dios los tuvo a todos de su mano, para que en noche tan alegre no se mezclase un punto de tristeza. Vino la mañana clara y aún halló el sol ardiendo muchas de estas luminarias, y mezcló con ellas alegremente sus rayos, hasta que él cobró fuerzas y ellas se acabaron. Los religiosos, aunque habían dormido poco en aquella noche (como si hubieran de dormir de día), madrugaron, dijeron luego las horas y las misas particulares en los altares que para este efecto estaban hechos en la iglesia

pequeña, y en otras partes de la Casa, que hay bien dónde. Cumplido con esta ordinaria hacienda y obligación, vino el Nuncio a la iglesia acompañado de muchos caballeros y religiosos; ordenó allí todo lo que vió era menester; y procedió a la consagración de la iglesia. No se cansó el pío Rey en verlo todo, porque jamás se cansó de ninguna cosa eclesiástica.



XV

Sintiéndose morir, se hace llevar a El Escorial.

EL Rey estaba flaco y gastado de las continuas dolencias, y mal convalecido, y determinóse de partir para su Casa de San Lorenzo, o, por decirlo mejor, para su gloriosa sepultura. Caminó en una silla a manos de hombres, porque ya no podía de otra manera. Trajéronle por el más llano camino que pudieron; llegó a la Fresneda entre cinco y seis de la tarde, el 5 de julio de 1598, habiendo partido de Madrid la última vez de su vida el último día de junio. Quedáronse aquella noche en Valdemorillo el Príncipe y la Infanta, sus hijos. Salióle a recibir a La Granja el prior fray García, con algunos otros religiosos. Podré yo decir, por ser uno de ellos, la alegría y contento grande que el santo Rey traía, viéndose en su centro. Venía casi echado en la silla, hecha para esto aposta; preguntándole cómo venía, res-

pondió con alegre semblante, y con aquella majestad que siempre bañaba su rostro, que muy bueno, y que tenía las manos mejores que otras veces, mostrándonos con la prueba la verdad, porque traía consigo algunos libros; tomó uno y abrióle con harta liberalidad. Durmió aquella noche en la Fresneda, lo cual no me acuerdo haberlo visto hacer otra vez; creo fué la primera y postrera. Luego, el lunes, a las nueve de la mañana, llegaron sus hijos: comieron allí, y a la tarde entraron juntos padre e hijos en este convento, recibéndolos como otras veces, y fué este el último recibimiento de nuestro Fundador, que no lo renueva la memoria sin lágrimas. El martes siguiente fué la vela del Santo Sacramento; tan medida traía siempre el piísimo Rey esta estación; gozó de la presencia de su Señor, poniéndose en sus manos con la devoción que había ejercitado tantos años atrás. El miércoles siguiente salió a ver su Casa; dió vuelta por algunas partes de ella, como despidiéndose de aquella obra de sus manos. Tornó a ver muy despacio las reliquias que había enviado, y no parece se sabía apartar de ellas, dando trazas cómo se habían de ordenar y componer. Entró después en la librería principal; de allí tuvo gana de subir a la alta, porque le dije había mudado el asiento de los cajones de aquella pieza, que no me contentaba el que tenía de primero; viólo y agradóle, porque quedó la pieza muy des-

embarazada y alegre; creo fué lo postrero que vió en esta su Casa. Los dos días siguientes salió a ver los relicarios que se iban asentando para poner las reliquias que habían venido de nuevo, porque no cabían en los que acá estaban. Como traía ya el cuerpo y la salud tan delicado y quebradizo, con el movimiento, aunque era poco, pues iba siempre sentado y casi echado en la silla, le dieron unas tercianillas. Convaleció de ellas a sobrepeine; tornó a revolver sobre el mal que estaba dentro, y el 22 de julio, cerca de la medianoche, le volvió la calentura, que fué como la postrera aldabada y el último grito de los mensajeros que envió delante el Esposo para que se aparejase y saliese a recibirle aquella alma santa, como lo veremos en el discurso que se sigue.



XVI

La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II.

LA última enfermedad y el felicísimo tránsito de nuestro gran Fundador el Rey Don Felipe II, nuestro Señor, está escrita, como cosa de tan ilustre ejemplo, largamente, con muchas y muy pías consideraciones, con la verdad y entereza que se puede desear, por el licenciado Cervera de la Torre, su Capellán. Con esto quedaba yo bien excusado, aunque soy testigo de vista, de tornar a repetir lo que está tan cabalmente dicho. Mas ¿quién no me acusará de corto ni aun de ingrato? Y, sin duda, quedaría cuanto se ha tratado hasta aquí como sin alma o sin vida, si callase esta muerte. Procuraré referirla con la brevedad que profeso, y por los mismos pasos que el caso fué procediendo, pues lo mandan así las leyes de la Historia. La recaída y calenturas que le dieron al Rey el miérco-

les 22 de julio eran dobles, y tan importunas, que se alcanzaban unas a otras. Esto sobrevénia a otros muchos ajes de atrás, porque quiso Dios ejercitar en paciencia por largo tiempo a su siervo, y dejarnos en él un ejemplo clarísimo de mil virtudes, que si en los Reyes no se desprenden, no hay que buscar escuelas ni libros que más vivamente las enseñen. La más prolija e importuna dolencia que le afligió fué la gota (mal que dicen se hereda); duróle más de catorce años, y los siete posteros (desde que le dejaron de sangrar con el curso que antes) le derribó de suerte que nunca convaleció con firmeza, y le fué forzado por la ternura de los pies traer siempre una cayadita en que afirmarse. Causó este mal dolores agudísimos, porque aquella división que va haciendo el humor corrompido en los artejos y coyunturas de las manos y pies, partes sensibles por extremo, por ser de poca carne, todo nervios y huesos, que, como se desencajan, atormentan despiadadamente, como lo muestran los gritos de los que lo padecen; aunque no los conociéramos por ellos en nuestro Rey, pues no fueron estos dolores continuos y de tantos años poderosos para descomponer el gran sufrimiento y modestia de este siervo de Dios. Testigos de tan singular paciencia los que asistieron continuamente en su servicio. Para que a la postre se fuese purificando más claro, en los dos años y medio antes de su fin, avivó Dios las brasas

de su crisis; quiso que se emprendiese en sus huesos una fiebre ética o habitual que le afligía continuamente, consumiéndole las carnes, hasta que no le dejó sino el pellejo y los huesos, y tan sin fuerzas, que de allí adelante sirvió de poco el báculo, pues le fué forzoso andar en una silla y verse como llevar a enterrar cada día. Juntóse con esta ética una muy mala compañera, un principio de hidropesía, hinchándosele el vientre, muslos y piernas, que bastara por sí solo este rabioso accidente a descomponer el hombre más asentado del mundo, por la implacable sed que causa en las entrañas, pasión que aflige más que todas cuantas nos acometen, y lo peor es que con ninguna cosa cobra más fuerzas como con lo que más se apetece, que es el agua, y así el tormento que padecía de sed y sequedad un Rey tan delicado, criado en tanto regalo y concierto de vida, y durarle tanto tiempo, bastara a derribar la paciencia más encarecida de cuantas leemos en hombres, pues vemos que la menor de estas causas no deja juicio ni resistencia. Si esta ética e hidropesía fueran males confirmados, aunque acabaran más presto, no fueran, a lo menos, tan penosos, ni tan prolija la muerte, atormentando despacio con tan sensibles acontecimientos como hacen cada día con el humor que se va pudriendo y alimentándose la materia con el cocimiento del calor nativo; que cuando ya el humor no cuece ni tiene nuevos tormentos en



que hacer vencido el sujeto, no son tantos los dolores, ni con mucho, porque falta la resistencia; mas quiso Dios que su siervo se fuese asando poco a poco, porque cuanto fuese más largo el sufrimiento, echasen los méritos más hondas las raíces. Y así pasó estos dos años y medio con grandísimo martirio, levantando los ojos de su esperanza a su Dios y Señor, implorando el auxilio y favor de sus Santos. Sujetábase a las reglas y preceptos de la medicina y médicos con tanta puntualidad, que no parecía Rey cuyas voluntades y apetitos no tienen superior; y si viéramos que sus desórdenes y poca regla eran como las de otros, pensáramos que él había tomado estos males por su mano; mas siendo en él tan conocido un concierto de vida singular y tanta obediencia a sus médicos, es forzoso decir fueron todos estos males regalos enviados de Dios, o, digámoslo así, piedras preciosas para el adorno de la corona de otro mayor Reino. Sobre todos estos males, año y medio también antes de esta última enfermedad, para que ni se valiese de pies ni manos, se le hicieron cuatro llagas en el dedo de en medio de la mano derecha, y otras tres en el dedo índice de la misma mano, y otra en el dedo pulgar del pie derecho, que de noche y de día le estaban atormentando, y particularmente cuando se las curaban. Hiciéronse éstas del humor superfluo corrompido y encendido, que rompía por los lugares más flacos, y con el fuego

que traía consigo, que royendo las partes vecinas, donde se causaba un escocimiento insufrible, manándole materia con tan agudos dolores que aun la sábana no podía sufrir encima. Cuando llegó aquí a San Lorenzo esta postrera vez, había mejorado un poco de estas llagas, que todo el invierno y verano de antes le habían afligido gravemente, sirviéndole como de acuerdo en el dedo y de despertador para hacer continuas gracias al Señor, pidiéndole paciencia y sufrimiento para recibir azotes de tan clementísimo Padre. Ahora últimamente cargaron (como dije) las calenturas dobles, de las que llaman los médicos subintrantes, que en dejando la una comenzaba la otra. Martillos redoblados sobre el yunque de tan magnánimo corazón como el de Felipe, que, como conocía bien el brazo divino que los meneaba, humilde y callado recibía los golpes. Comenzó ahora como de nuevo a acometerle una espantable escuadra de miserias, que aunque alguna de ellas bastara a acabar con la vida, ninguna ni todas juntas pudieron mellarle la paciencia, ni fueron parte para que saliese de su boca palabra que supiese a impaciencia. En lo que pienso hizo alguna ventaja al pacientísimo Job (dejo aparte el misterio y la figura), pues si lo miramos a lo menos en la corteza, le oímos se queja gravemente de sus males, y se pone a cotejarlos con la inocencia de su vida; arguye a ratos con Dios, y aun tiene tedio de sí mismo y de

su vida, y hace, al fin, tantos extremos, que si el mismo Dios no aprobara su santidad y le autorizara con aquel ilustre nombre de su siervo, nos dejaran sus palabras y razones hartas para poner en duda (1) su inocencia. Ni aun bastó todo esto para que algunos atrevidos y mal enseñados no sintiesen aviesamente de su entereza. No quiero ponerme a cotejar los males del uno y del otro, ni a contar por menudo aquellas llagas, ni averiguar si fueron éstas como aquéllas, o si fueron entrambos Reyes, en quien los males, por mil razones, son más incomportables, por la delicadeza del sujeto, el regalo de la vida, no tener uso a sufrir trabajos en el cuerpo, hechos a ser servidos, temidos, adorados, sin que ni aun de lejos hayan visto claro a la miseria y descomodidades. Diré, a lo menos, que el Santo Job fué ejemplo de la paciencia natural antigua, humana y no más de sombra o figura de la que habían de tener delante de sus ojos los que se llamasen cristianos. Y pues por nuestros pecados se han borrado tanto de nuestras memorias el original y el traslado, pongamos siquiera los ojos en la de un Rey que vimos y tratamos tantos años, pues no es de menor ejemplo que la de Job. Sea Rey en buen hora el Santo Job, como algunos quieren (aunque no he visto en qué se fundan, pues ni el texto original ni el paráfra-

(1) Vide Eugubin. in Job.

sis caldaico, que es de tanta autoridad, ni la Traslación Vulgata, que es de mayor, jamás le dieron tal nombre, ni le callan de ninguno que lo hayan tenido). Mas ¿qué diferencia va (cuando lo sea) de Rey a Rey? El texto sagrado le cuenta los siervos, los camellos, asnas y los ganados, y se ve claro que nada era en comparación de lo que abarca nuestro Monarca. Mas si hacemos el tanteo de las llagas y dolencias, no le hallaremos menos lastimado o menos enriquecido. Mas quédese esto aparte; sienta cada uno como quisiere; no le comparo con nadie, ni él tenía otra cuenta sino con Jesucristo, de cuya figura jamás quitaba sus ojos. Vamos refiriendo el curso de su dolencia, que ella nos dirá la verdad de lo que hemos afirmado.

Después de haberle fatigado siete días continuos las fiebres que sobrevinieron a tantos ajes, cuando había de hacer alguna indicación la naturaleza, que por eso llaman críticos a estos días nuestros médicos, asado y consumido del fuego maligno que le tenía ya en los huesos, arrojó en el muslo, encima un poco de la rodilla derecha, una postema de calidad maligna, que fué creciendo y madurando poco a poco con dolores muy grandes, porque aunque procuraron los médicos resolverla con los mejores remedios que supieron, no fué ninguno bastante; porque, a mi juicio, no venían estas llagas por sola la fuerza del mal humor corrompido, sino enviadas

de aquella mano que usa todo lo creado como de instrumentos como se hace su voluntad. Sentíalo así el buen Felipe, y levantando los ojos decía con la boca y con el corazón aquellas tiernísimas palabras que dijo su Rey y Señor en el Huerto: *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat*, que por haberlas repetido tan innumerables veces creo le eran singular alivio de todas sus miserias, y que nos significaba con ellas que veía proceder (digámoslo así) como a las inmediatas estos azotes de la mano que hemos dicho. Como no se pudo resolver esta postema y vino a madurar, fué forzoso abrirla con hierro, que por ser en lugar tan peligroso y sensible era de temer, y todos temieron no se quedase muerto en el tormento. Abriósele, al fin, el día de la Transfiguración del Señor, el licenciado Juan de Vergara, cirujano de Su Majestad, con la mayor sutileza y el menor sentimiento que fué posible, porque le dió Dios no menor gracia en las manos que en la lengua y en la pluma. Sacóle de ella gran cantidad de materia, porque el muslo estaba hecho una bolsa de podre que llegaba, poco menos, hasta el hueso.

Por ser tanta, no contenta la naturaleza con la puerta que había hecho el arte y el hierro, abrió ella otras dos bocas por donde expedía tanta cantidad que parecía milagro no morir resuelto en ella un sujeto tan consumido. No se oyó de la boca de este Príncipe ni grito ni pala-

bra desentonada o impaciente, ni se vieron otros extremos de los que se permiten a cualquier hombre de por ahí; aunque temió éste trance el siervo de Dios, que es de temerarios y no de fuertes el no temer en tales trances. Antes que le abriesen se había confesado y aparejándose como para morir, y le mandó a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, que en el entretanto que estaba en el tormento le leyese la pasión de San Mateo, consideración llena de piedad, consejo de gran santidad y ejemplo. Cuando llegó (leyendo en voz alta) a la Oración del Huerto, y a aquellas palabras: *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat*, le mandó que reparase, para con más viva atención poner su espíritu en Dios, y resignarse todo en sus manos, y para sentir de veras en sus entrañas la aflicción del inocentísimo Cordero; remedio eficacísimo para tener en poco la suya, y transportado todo en su Señor, olvidarse de sí mismo, y pasar aquel tormento como si no fuera suyo. Después de abierta la postema y dada la lancetada, mandó a todos los que allí se hallaron, caballeros, médicos, cirujanos y otros criados, hiciesen gracias a nuestro Señor. Puestos todos de rodillas las hicieron por la merced que a todos nos había hecho en sacarle de tan peligroso punto. Con esto quedó muy consolado y con gran sosiego, imitando con esto a los santos mártires, que (como dice el divino Bernardo), transportados en la Pasión del que murió por

redimirlos, aliviaban sus dolores en medio de los tormentos, haciéndole gracias por ellos. No pasó de una vez este tormento, porque cada vez que le curaban, como era necesario traer la materia de muy lejos, jeringaban y exprimían la llaga, para sacársela. Salfán, entre mañana y tarde, dos escudillas de podre, ocasión de gravísimos dolores. Aquí filosofan sobre si esta postema es la misma que la que padeció el Santo Rey Ecequías, y sobre la manera de la cura, con la masa de higos que hizo el Profeta Isaías; unos dicen que fué la cura a propósito e ilegítima; otros, que no, sino milagrosa, y que antes era nocivo; no es lugar que pide estas digresiones, y quien supiere algo de la lengua original, y atinare con el hilo de aquella historia, saldrá fácilmente de estas dificultades, que lo demás no es sino adivinar. De esta lastimera cura le sobrevino a nuestro Rey otro trabajo grande, que aun para pensarlo es penoso. Como estaba tan lastimado con esta herida y abertura, y con las bocas por donde se descargaba la naturaleza, quedó tan dolorido y sensible que no era posible menearse ni revolverse en la cama. Era forzoso estar de espaldas de noche y de día, sin mudarse de un lado ni de otro; alivio de los que padecen fiebres ordinarias, que no sólo dan mil vueltas, mas aun no caben en la cama y mudan otra, cuánto más quien sobre la ética y continuos ardores padecía cada día crecimientos. Así se convirtió

aquella cama real poco menos que en muladar podrido, y digo poco, porque no era sino harto peor, de donde salían continuos olores malísimos que atormentaban a nuestro nuevo Job, que aunque quiere decir que era este mismo muladar en que estaba hecho de su mismo estiércol, por no poderse menear, a mi parecer se engañan, porque el texto original dice que estaba sentado en el polvo o ceniza, con la palabra *AEPHER*, que significa polvo de cosa quemada, inútil para que de ella produzca alguna cosa, y púsose allí Job, por ser lugar de tristeza, costumbre usada en todos los orientales, con que significaban su miseria y la pérdida de sus esperanzas; de suerte que ni estaba Job en la cama, ni revuelto en su estiércol mismo. En cincuenta y tres días que duró en esta enfermedad, padeció este tan incomportable trabajo; ni se le pudo mudar la ropa que tenía debajo, ni menearle o levantarle un poco para limpiarle los excrementos de la necesidad natural, y mucha parte de la materia que le salía de las postemas y llagas tenían al sufridísimo Rey en una sentina hedionda sepultado en vida. Y quien considerare el aseo, curiosidad y limpieza que tuvo siempre en todas las cosas, que una raya en la pared, ni una mancha en el suelo, ni polvo, ni telaraña, no sufría, y que podemos decir enseñó, no sólo en su Palacio, mas aun en toda España, limpieza y buena compostura en todo, y le viere ahora en

tan asqueroso estado, sin quejarse, ni mostrar impaciencia ni decir malas palabras, podrá decir que es negocio de más que humano sentimiento y sufrimiento. Siempre me ha parecido que fué esta una de las más rigurosas pruebas de su paciencia, ejemplo extraordinario que nos dejó de su sufrimiento este señor. El más prolijo martirio que pudo padecer persona de semejante calidad, ni me acuerdo haberla leído tan larga de otro hombre de los que se puede hacer cuenta. Era esto en tanto extremo, que siendo una vez forzoso levantarle un poco la pierna en alto para que corriese la materia y limpiarle la que le corría por la corva abajo, sintió tan excesivo dolor que dijo no podía sufrirlo en manera alguna, y replicándole los médicos que era muy necesario y no se podía excusar la cura, dijo con vivo sentimiento: «Protesto, que moriré en el tormento, y dígolo porque se entienda.» Hizo tanta fe de su dolor con palabras tan desusadas, que cesaron por aquella vez de la cura. Bendito sea el Señor, que a tal extremo trajo a este su siervo, y juntamente quiso dotarle de tanta modestia y sufrimiento. Otras muchas veces, cuando le curaban, mandaba, vencido por los dolores agudos, que parasen y detuviesen; otras, que llegasen con tiempo, que para los que conocían su paciencia y fortaleza, era gran testimonio de su aflicción y aprieto. Otras veces, y las más, rompía en alabanzas divinas, ofreciendo a

Dios su trabajo, y muchas (aunque callando con la boca), los ojos y el semblante mostraban el sacrificio que dentro de su corazón hacía de sí mismo al Señor. De estar echado de esta manera, sin poderse rodear, se le vinieron a hacer llagas en las espaldas y en los asientos, porque ni aun estas partes careciesen de su pena. En otro fuera efecto de consideración, y en este tan lastimado Príncipe, dechado de sufrimiento, no se hizo caso, como ni de otras circunstancias que agravaban excesivamente, dolores de cabeza, sed perpetua, malos olores, que con los accidentes principales estaban olvidadas. A los treinta días de su enfermedad, de sólo haberle echado una ayuda de caldo de ave y azúcar, le sobrevinieron unas cámaras pestilenciales; hizo más de cuarenta, tan delgado o tan corrompido estaba el sujeto. Estas se fueron continuando hasta que le acabaron la vida, que, para quien no se podía aliviar, ni mover, ni mudar de ropa, fué otra nueva cruz. No quedaba ya ni lugar ni parte donde sujetarse nuestros males, y porque no faltase ocasión de merecimientos nuevos, unas veces padecía demasiado sueño, y otras de no poder dormir, con unos pervigilios penosísimos. Causábase lo uno y lo otro dentro de aquellos humores gruesos, pútridos, melancólicos, que subían de todo el cuerpo al cerebro: unas veces más húmedos e indigestos, otras veces más deseados y vivos. De allí caían algunas veces

a la región del corazón, y dábanle unos sobresaltos tristes que le desasosegaban mucho; por otra parte, como los dolores eran agudos, no permitían dejar punto de reposo ni de sueño, y así pasaba de unos extremos a otros. Venía tiempo que era menester mucha diligencia para despertarle entre día, según le cargaban estos malos vapores del cerebro, y se buscaban invenciones para despertarle. La Señora Infanta, que estaba mucho tiempo a su cabecera, sirviendo en todo cuanto pedía la decencia a su querido señor y padre, le despertaba algunas veces con una industria singular, que es bien referirla. Como de ordinario estaban puestas allí en una mesa algunas reliquias de Santos, cuando veía que se dormía (sabiendo cuán en las entrañas las tenía el paciente) decía un poco recio: «No toquéis en las reliquias», fingiendo que llegaba a ellas alguno, y luego el Rey abría los ojos, como si le tocaran en las niñas de ellos, y miraba si le andaba con ellas alguno. Contra todos estos males juntos peleaba el siervo de Dios, y ninguno fué poderoso a derribarle de su gran entereza, y, lo que es más admirable, que en medio de tanta aflicción se compadecía de los que le servían y asistían con él; teníales lástima por el trabajo que les daba; decíales que se fuesen a dormir, a comer, a descansar y a aliviarse un poco; y cuando les mandaba alguna cosa, con tanta modestia como si no fuera Rey y Señor, rogán-

doselo y diciendo: «Por vuestra vida que hagáis esto, que llevéis o que traigáis aquello»; para que quede con tan gran ejemplo derribada la impaciencia, los desabrimientos y el enfado, el mal contento, la ira y aun palabras atrevidas de otros hombrecillos que de todo punto quieren ser servidos y adorados de noche y de día en sus enfermedades y aun en sus regalos, sin mostrar jamás agradecimiento ni aun buena cara a los cuitados que los han menester.

Mucho fué, y aun parece más que de fuerzas naturales, que tantos males juntos en un sujeto tan derribado durasen tanto; más, mucho más fué, y más sobre la virtud humana, que perseverase tanto la paciencia, el sufrimiento y la modestia, efectos de una real fortaleza: real, digo, no de reyes del suelo, sino de aquellos que de veras son príncipes en el alma, que levantan sus corazones sobre todo lo visible. Quien considerare tantos ajes en un Rey, parecerá casi imposible que pueda ni deje lugar para divertirse a otra cosa que a remediarlos; y quien atentamente advirtiere los ejercicios y en lo que se ocupó todo el tiempo que en ellas duró la vida, jurara que no padecía ninguno, o que era uno el que penaba y otro el que trataba de esto; y así era la verdad, que dos son los hombres de cada hombre, y los ejercicios en que se empleaba el de fuera mostraban claro el socorro grande que le venía del cielo

al de adentro. Podemos ya de aquí adelante tener cartilla y arte para enseñar a bien morir con sólo leer lo que este santo Rey hizo y dijo en su enfermedad y en su muerte. Y podrán aprender todos en tan buen maestro lo que apenas nos han enseñado muchos religiosos santos. Luego como le dió el mal, el día de su gran devota Magdalena, cuyas reliquias quisiera tener siempre en sus ojos y boca, procuró entender si el accidente era peligroso, para prevenirse luego como temeroso cristiano y hacer lo que no pide tardanza ni es bien guardarlo para cuando faltan las fuerzas y aun el juicio. El Doctor Mercado y sus compañeros, los médicos de Cámara, Juan Gómez, Alfaro y Oñate, por no entristecerle tan temprano, y porque no son las cosas de estos pronósticos tan evidentes que se osen determinar tan presto, se detuvieron algún tanto en decir lo que entendían. En los primeros de agosto, habiendo entendido su confesor que el mal era de mucha consideración, como quien mejor tenía entendido el ánimo y lo interior del enfermo, le dijo el peligro en que estaba. Agradecióselo mucho, con singulares demostraciones de benignidad, como quien le había dado una nueva alegre y un aviso importante; parece que le veía en el rostro, que dijo dentro de su alma las palabras de David: *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*. Determinó luego de hacer una confesión general, pi-

diéndole a su confesor le ayudase en esto con mucho cuidado, resignándose luego en sus manos y sujetándose con entera voluntad y una determinación firmísima de hacer para en satisfacción de sus culpas y cargos todo lo que le dijese. No se contentó con decirle esto a boca; diólo por escrito a Don Cristóbal de Mora, y le mandó que en su presencia se lo leyese al confesor, que por ser cosa que asegura tanto la conciencia de tan buen Rey, es bien ponerlas aquí formalmente. Dijo así: «Padre, vos estáis en lugar de Dios, y protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijeres que he menester para mi salvación, y así por vos estará lo que yo no hiciera, porque estoy aparejado para hacerlo todo», y esto contenía el escrito. Yo confieso que aunque supiera tanto como algunos piensan que saben, y tuviera tanto ánimo como César, que me pusiera miedo entrar en unas cuentas y en un finiquito de tan gran Monarca, porque a él, o le excusaba la pura intención y deseo de acertar, o alguna ignorancia, o no me podía excusar a mí. Esto, aunque pasó tan en secreto, se entendió con harta publicidad en este convento, y cuando yo pensé que lo sabía muy en singular, por cierta vía hallé que andaba en las bocas de mil, con grande edificación de cuantos tuvieron noticia de ello. Creo (porque así lo dicen) que resultaron de esto muy grandes efectos: a lo menos podemos afirmar, con no poca seguridad, no

quedó por el santo penitente. Duró la confesión más de tres días, que fué mucho para quien tanta cuenta tuvo siempre con su conciencia, y habría confesado aquello mismo otras veces. Sin esta general prevención se confesó otras algunas en el discurso de esta enfermedad, tan recatado andaba siempre en el negocio de su salud. Recibió luego el Santo Sacramento, que para entrar en tan duro trance y batalla era bien necesario tal socorro. Antes que le diesen la Extremaunción (como veremos), comulgó otra vez; con esto mitigaba la sed grande que tenía de verse con Jesucristo. Esta descubría él muchas veces, repitiendo las primeras palabras del salmo: *Sicut cervus desiderant fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus*. Dos días antes que le abriesen la pierna (que fué en la fiesta de Santo Domingo) hizo una prevención de singular ejemplo, en lugar de otras que hacen los que no tienen tanta fe en las cosas divinas. Mandó que le trajesen algunas de las santas reliquias con solemnidad eclesiástica; ordenó que su confesor, el padre fray Diego de Yepes, y el del Príncipe su hijo, el padre fray Gaspar de Córdoba, y el prior, fray García de Santa María, vestidos con sobrepellices y estolas, viniesen con ellas, y que se previniesen para decirle cada uno alguna plática espiritual.

Hízose así: el uno llevó la rodilla entera con el hueso y pellejo del glorioso mártir San Sebastián. El otro, una

costilla del Obispo San Albano, que le había enviado el Papa Clemente VIII, guarnecido harto bien, con una indulgencia plenaria para el punto de su muerte, y otra muy singular, que no me acuerdo haberse concedido a otro: que cualquier sacerdote que dijere por él misa en esta su Casa, en cualquier altar, y cuantas veces quisiere, saque su ánima del purgatorio. El tercero llevaba el brazo de San Vicente Ferrer; dijole cada uno la antífona y oración del santo cuya era la reliquia que llevaba, y al propósito alguna razón santa y de consuelo, y él, besándola con la boca y con los ojos, decía se la aplicasen sobre la rodilla apostemada, y con esto se despidieron, dejándole animoso y alegre, lleno de buenas consideraciones para el martirio que esperaba. Sentía tanto alivio con la presencia y tocamiento de las santas reliquias que de allí adelante, en el discurso de toda la enfermedad, no hubo día que fray Martín de Villanueva, que las tenía a cargo, no le compusiese delante de su presencia un altar con mucha cantidad de reliquias; mandábale que se las trajese para besarlas y adorarlas, y se las pusiesen en la parte lastimada. Con las reliquias de San Ivón tenía devoción particular, y quiso que le leyese su vida algunas veces, porque es como la de otro San Francisco. Un día le compuso un gran aparador de estos vasos del cielo; pieza por pieza, se las llevó todas, para que las adorase y besase; entendió que ya no fal-

taba ninguna, y quería tornarlas a su lugar y relicario, y díjole: «Mirad que la reliquia de tal Santo se os olvidada, que no me la habéis dado a besar»; admiróse fray Martín, porque cuando las hubiera él compuesto y contado muy despacio, era mucho acordarse de todas. Es razón advertir circunstancias tan santas, y estimarlas en mucho en un Rey tan grande, que si lo leyéramos de Constantino, o de Teodosio, o Carlomagno, nos hiciera admiración; y no ha de perder de su valor por ser del que vimos y tratamos: inclinación mala menospreciar la virtud presente, vicio nacido de la soberbia y envidia del hombre. Por eso es bien queden estas cosas en memoria, y servirá de mucho a los que vinieren, que estarán limpios de estos vicios; sabrán que al punto que en estos miserables tiempos, cuando tan resfriada está la fe y la piedad en muchos príncipes extranjeros que quieren tener nombres de cristianos, hubo en España un Rey que en vida y en muerte mostró tan vivos afectos a los Sacramentos de la Iglesia y a las reliquias de los Santos. Hay aquí entre estas perlas divinas muchas partecitas de *Lignum Crucis*, y algunas de notable tamaño y grandeza. En particular una, en quien tenía el Rey gran devoción, que es la que se adora el Viernes Santo, guarnecida en una cruz de plata dorada grande y de antigua labor. Con ésta eran sus amores; no quisiera, si posible fuera, quitarla jamás de

encima sus ojos y boca; del corazón creo que jamás la apartaba. Lo que otros temen tanto y ha quedado por refrán, que es andar entre la Cruz y el agua bendita, eso era para él sumo regalo, y el refresco de los ardores que le consumían, y como temía mucho más un pecado venial que la fiebre ética y los ardores que le abrasaban, mataba la sed que tenía de verse libre de ellos con el remedio del agua bendita, echándosela en la frente y rostro muchas veces.

De otra medicina usaba para alivio de tantos males, que es digno lo advirtamos, y que quien lo usare dará muestras de la vida que tiene dentro del alma, aunque esté el cuerpo llagado o podrido: esta era la lección de libros santos. Mandaba que le leyesen lugares del Evangelio que él tenía advertidos para su propósito, como la parábola del Hijo pródigo, a quien, después de desperdiciada la hacienda, recibió el padre entre sus brazos, por sólo que se volvió a él arrepentido, y dijo: «Padre, pequé en el Cielo y contra ti.» Y la de la Oveja perdida, que, después de buscada con tanto trabajo, la llevó el Buen Pastor sobre sus hombros; y la de la Dracma perdida, que buscó aquella mujer transtornando todas las alhajas de su casa y barriendo los rincones. En lo uno y en lo otro hallaba el siervo de Dios en sus santas consideraciones grande alivio de sus males, singular consuelo para el alma, reconociéndose con profunda humil-

dad por oveja abarrancada, hijo desperdiciador, y, por otra parte, se echaba en los brazos de un amor de Dios tan inefable, cobrando allí grandes esperanzas de salud eterna. Juntaba con esta lección la de la conversión de la Magdalena; la del Apóstol San Pablo; la del Buen Ladrón; la de San Mateo, y otros lugares de la Santa Escritura en que se descubre tan abiertamente el pecho de Dios para recibir y perdonar pecadores. Acordábase bien el piísimo Rey que los Macabeos, con no tener tantas ni tan claras muestras de las entrañas divinas, decían que todo su consuelo, en medio de tantas aflicciones y aprietos, era la lección de los santos libros, y que San Pablo significa que por la paciencia que enseñan las Santas Escrituras crece la esperanza, y aprovechábase como tan prudente en medio de sus dolores de tan seguro consejo. Así, una vez le leían en los Evangelios estos y otros lugares, otras en libros devotos y espirituales, que por lo que se les pega de la Santa Escritura cobran grande fuerza, hallándolos en nuestro lenguaje casero para inflamar la devoción y el deseo de servir a Dios y ponernos en sus manos, reconocer nuestra miseria, abrazar los trabajos que por nuestras culpas padecemos. Todos estos frutos cogía Felipe de la lección de los libros santos, y en el que más presa hacía era en el humillarse y aniquilarse en la presencia de su Señor y reconocerse por miserable pecador. Y si

pudo tanto este acto de humildad en otros reyes, no tan grandes con mucho, que por verlos así Dios derribados en su presencia les perdonó gravísimos pecados, como se vió en el Real Profeta David, en el Santo Rey Ezequías, en aquel gravísimo pecador Manasés y, lo que es más, en el impío Rey Acab, que al verse así rendido le dijo al Profeta Elías que no le haría en sus días el castigo con que le había amenazado, ¿qué no alcanzaría del Señor un Rey que toda su vida había sido tan modesto, pío, ejercitado en obras santas, perpetuo defensor de la fe e Iglesia Santa, que tan de veras y sin ficción se humillaba en el acatamiento divino?



XVII

Prosiguese el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II.

POR la larga experiencia que en este convento tuvimos de las cosas y de la vida de su Fundador, y por lo que hemos visto desde el primer discurso de este libro, se ha entendido cuán grande era el ejercicio de la oración vocal y mental que continuó todo el tiempo de su vida. En el oratorio le veíamos y sentíamos a horas extraordinarias, de mañana, a la tarde, en lo más secreto de la noche. Tienen testificado los que de más cerca le trataban, que gastaba en este ejercicio (sin él ni se crean virtudes, ni las creadas se sustentan) muchas horas del día, haciendo ventaja a muchos estirados religiosos, que nos habíamos de avergonzar de ello, y animarnos, a lo menos, a no ser tan perezosos ni quedar tan atrás. Ahora, en este tercio postrero y último aprieto, aunque no podía (porque ni el mal ni el acudir a tantas cosas le daban lugar)

ni tenía tanta oración vocal, ni rezaba tantas letanías y oraciones, y devociones; con el alma, y en lo secreto de su pecho, estaba siempre en la divina presencia, porque el que tiene verdadera oración (son pocos los que la tienen) siempre ora, y como para Dios ni hay lugar ni tiempo, ni puerta cerrada, si nosotros no le despedimos, cualquier lugar es lugar y cualquier tiempo es tiempo. Con todo eso, en medio de sus dolores quería le dejasen algún rato solo, y puestos los ojos en un Crucifijo, derramaba lágrimas devotísimas; allí hablaba con su Señor en lo puro de su alma; allí le descubría su pecho y se dejaba en sus manos. Para refrescar la memoria, o para que no se la estorbasen, ni las cosas de fuera ni los males del cuerpo, tenía a todos los lados de la cama, y por las paredes de su dormitorio, crucifijos e imágenes, porque se viniesen naturalmente aquellas letras a los ojos, y por ellos al corazón, y no se perdiese de vista cosa que tanto importaba. Quiso también que junto con este amor de Dios que en la oración y meditación se crea, fuese también el del prójimo. Mandó hacer muchas y notables limosnas en estos días que duró la enfermedad. Casáronse huérfanas en cantidad, socorrieron muchas viudas y otra gente pobre, dijéronse muchos novenarios de misas: sería negocio largo contar esto por menudo. Pasó mucho de esto por mano de Juan Ruiz de Velasco, que tenía el dinero de la Cá-

mara de Su Majestad. Por la de su limosnero mayor, García de Loaysa, otras de mayor cantidad, porque distribuyó en diferentes necesidades en estos pocos días más de veinte mil ducados. Por vía de su confesor se distribuyeron otras aún de más monta; por tantas canales se vertía la caridad de aquel mar grande. A Nuestra Señora de Guadalupe, de quien fué muy devoto toda su vida, mandó veinte mil ducados, para que hiciesen un retablo al altar donde está la santísima imagen, porque el que tiene es muy viejo, quedando de ellos perpetuados mil de renta, digna ofrenda de Rey. A Nuestra Señora de Monserrat mandó otros nueve o diez mil ducados, y no se olvidó de su gran patrón y abogado San Lorenzo: quiso que en Huesca de Aragón, su propia patria, se fundase un Monasterio de la Orden de San Agustín, en las mismas casas de los padres santos del mártir glorioso, que se llamaban Orencio y Pacencia, dejando el orden de esto al Conde de Chinchón, aplicando para ello una gran cantidad de hacienda de bienes confiscados en aquel Reino. Al Monasterio de Predicadores de Valencia, aunque hacía poco les había hecho otra gruesa limosna, les dió ahora para sustentar una lámpara, y mil ducados para la portada de la iglesia. A San Benito, de Valladolid, dió tres mil ducados para la fábrica. A Nuestra Señora de Atocha, en Madrid, casa de gran devoción de la Orden de Santo Do-

mingo, quiso recibir debajo de su amparo y ser su Patrón, y para esto les hizo una muy larga limosna. Por todos los hospitales de la Corte se repartió otra gran cantidad de dinero, y para ayudar a la canonización de San Raimundo dió seis mil ducados, y otras muchas limosnas, que, como se derramaban por tantas partes, apenas se puede hacer minuta de ellas. Finalmente, a cuanto se le ponía delante de piedad y de limosna apenas sabía decir que no. Para todos había y nunca le faltaba, que a los caritativos nunca les falta que dar. Es verdad que esta virtud de la caridad parece le venía por herencia de todos cuatro costados: pues si miramos a los Príncipes y Señores de la Casa de Austria, los hallaremos todos limosneros, grandes fundadores de monasterios y templos. Los de la Corona de Castilla han hecho, a mi juicio, ventaja en esto a cuantos nos enseñan las historias, y la parte que de Aragón y Portugal sábese es lo mismo, o no debe nada a nadie, porque las obras heroicas que hoy viven serán testigos eternos. Y si me hubiera de divertir en esto, larga historia se comenzara. Nuestro Felipe en vida y en muerte se mostró hijo de tales padres; bien haya (que sí habrá) quien a los suyos parece.

Algunos días antes había proveído Su Majestad a García de Loaysa, Maestro de nuestro Señor el Príncipe su hijo, del Arzobispado de Toledo. Vinieron las

Bulas, y quiso que se consagrarse aquí en esta su Casa; no falta ya otra cosa que verse en ella sino esta tan santa ceremonia. Para esto envió a llamar al Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, y al Obispo de Segovia, Don Andrés Pacheco, y al Obispo de Osma, hermano del Marqués de Poza; hízose la consagración un día o dos después de Nuestra Señora de agosto, con gran aparato y solemnidad, aunque se malogró, pues ni tuvo tiempo de recibir el palio ni a sentarse en la silla de su iglesia. El 16 de agosto mandó llamar el Rey al Nuncio; mandóle sentar, y que le dijese alguna cosa espiritual para alivio de sus dolores y para consuelo de su alma. El Nuncio le hizo una plática muy discreta, con que se recreó mucho. Pidióle, como humilde hijo de la Iglesia, le echase su bendición de parte de Su Santidad, le absolviese plenariamente y le concediese todas las indulgencias y frutos espirituales que se alcanzan del Vicario de Jesucristo para los que están en semejante artículo. El Nuncio se lo concedió todo con aquella plenitud, como si el mismo Papa estuviera presente, teniendo certeza que la ratificaría con larga voluntad en el punto que tuviese noticia de ella. Y fué caso admirable que el correo llegó a Roma, y Su Santidad le dió la misma bendición y absolución, y aprobó cuanto su Nuncio había hecho antes que el Rey partiese de esta vida; hasta en esto quiso el Señor rega-

larle y dejarnos como seguros de la salud y buen estado de su alma. Acabando de hablar el Nuncio, respondió el santo Rey, con rostro muy alegre y con aquella serenidad de rostro que quiso Dios dotarle, que se había alegrado con su venida; que su mal era grande, y estaba muy dispuesto y conforme a la voluntad divina, para vida o para muerte; que no pretendía otra cosa sino morir en su gracia y alcanzar perdón de sus pecados, y daba muchas gracias a Dios por los beneficios recibidos. Y porque en el estado en que estaba tenía tanta luz y conocimiento que el verdadero fin del hombre es la bienaventuranza eterna, que se consolaba grandemente de lo que le ofrecía de suplir con la bendición apostólica, la cual aceptaba con grande voluntad, y la pedía humildemente a Su Santidad. Que quería que en todo caso se tuviese respeto y reverencia a la Silla Apostólica y a Su Santidad, y se tuviese mucha cuenta a la jurisdicción eclesiástica y se mirase siempre por ella. Otras muchas razones de igual peso le dijo aquel piísimo Monarca, que, como estaba tan decaído y sin fuerzas, no se pudieron percibir bien, dignas todas de escribirse con letras de oro que las gozaran los siglos venideros. Despidióse el Nuncio harto enternecido y edificado, que cuando a algunos religiosos refería parte de ello, apenas detenía las lágrimas.

En certificándose el buen Rey que su mal le daba

prisa y que se iba acabando, después, como dije, de haber comulgado dos veces, pidió le diesen con tiempo el Sacramento de la Extremaunción, por el peligro que había que, estando tan consumido, algún accidente no le llevase o no diese lugar para recibirle con entero juicio. No se le había ofrecido jamás ocasión en que poder ver administrar este Santo Sacramento, por no haberse hallado en la muerte de su padre ni de su madre, y porque no les consienten a los reyes que vean morir (como si con esto hubiesen de escapar de las manos de la muerte); error grande, y así no sabía lo que en esta Santa Unción se había de hacer. Aquí también nos quiso dejar un notable ejemplo de su piedad y religión. Mandóle a su confesor que le llevase el Manual, libro por donde se administran los Santos Sacramentos, y leyese todo lo que a esto tocaba, sin dejar letra, para saber lo que se había de hacer y en dónde le habían de ungir. Al principio, y para comenzar a administrarle, hay una exhortación que hace el sacerdote al enfermo, algo larga. Leyósele toda el confesor, y díjole: «Con esto, Señor, se habrá cumplido, y no será menester repetirla cuando se le dé el Sacramento a Vuestra Majestad.» Respondió: «Eso, no; dígaseme otra vez y otra, porque es muy buena.» Qué buen gusto en cosas de Dios, y qué buen deseo de acertar a morir bien. Dijo que le cortasen las uñas y le lavasen las manos, que es-

taban maltratadas con el humor de la gota, todo por reverencia del Sacramento, y porque le habían de ungir con el Santo Oleo. Llamó a Don Cristóbal de Mora y nombróle los religiosos que quería se hallasen presentes, para que lo dijese al prior, y mandó también que su hijo el Príncipe y Rey nuestro Señor que ahora es, se hallase presente, para que tuviese noticia de lo que era este Sacramento, que tan raras veces lo ven los reyes; creo ha muchos años no se han visto juntos padre e hijo en él, como ahora se vieron.

El primer día de septiembre, a las nueve de la noche, en la Infraoctava de la Consagración de este templo que a su petición se había ungido, pared en medio de él, recibió también el pío Rey, su Fundador, la postrera unción con mucha devoción y reverencia, habiéndose confesado primero. Administróle Loaysa, Arzobispo de Toledo, que se turbó más de una vez, y cualquiera se turbara; tanta fué siempre la Majestad de este Rey, que ninguno le habló jamás que por lo menos no sintiese en sí alguna notable mudanza. Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el Príncipe su hijo, y con él algunos caballeros de su Casa y Cámara. Halláronse también presentes los tres confesores de las personas Reales, Rey, Príncipe e Infanta, el prior de San Lorenzo y otros cuatro religiosos que el Rey señaló. Parecióme, según la entereza con que el santo Rey lo ad-

vertía y respondía a todo, que no tenía mal ninguno y que se anticipaba mucho aquel Sacramento; así lo dije a algunos, y así sucedió, porque vivió después de haberle recibido doce días; maravilléme no advirtiesen esto tantos y tan doctos médicos, pues quiere la Iglesia se guarde este Sacramento para la postre, cuando no hay muy ciertas señales que podría faltar el juicio al enfermo, y aquí no lo pareció, y aun creo que el Rey, con estas mismas consideraciones, quisiera que se dilatará, y fuera muy acertado, pues tuvo siempre tan claro el juicio que una hora antes de que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía. Salímonos todos, quedándose a solas con su hijo, y el mismo Príncipe y Señor refirió después que le dijo su padre estas palabras: «He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué para todo» (palabra digna que se asiente en las almas de todos los reyes, para que no deslumbre el resplandor de esta gloria presente), y que tras esto le encargó mucho mirase por la Religión y por la defensa de la Santa Fe Católica, por la guarda de la justicia y procurase vivir y gobernar de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; gran epílogo de toda la disciplina Real. Dicho esto en general, descendió a otros particulares tocantes al gobierno y policía de estos Reinos. El día siguiente después de la Unción Santa llamó a su confesor y le

habló con semblante alegre y le dijo que nunca en su vida se había visto tan consolado como después de haber recibido aquel Santo Sacramento, y que había experimentado parte de su fruto, y lo mismo dijo a otros que le preguntaron si se había cansado, significando que había recibido grande alivio en el cuerpo y en el alma. Así lo promete aquel Sacramento en los que dignamente lo reciben.

Desde este día despidió Su Majestad todos los negocios y otros entretenimientos con que algún rato aliviaba sus dolores, y como Príncipe tan cristiano y prudente, se retiró a mirar en las cosas de su alma y de la partida, como quien ya había hecho divorcio con todo lo del mundo. En todo el resto que le quedó de vida jamás se cansó, aunque se cansaban muchos, de oír hablar y leer cosas espirituales y del cielo. Remudábalos a todos y a todos daba en qué entender en esto, que parece cosa milagrosa tanta perseverancia y entereza. Cuando sentía cansado a su confesor, llamaba al de su hijo, y luego al de la Señora Infanta, para que cada uno le animase, exhortase y advirtiese de cuanto les parecía importante para aquel punto, y mandó que se pusiese por obra lo que le dijeron de importancia, o por medio de su confesor o de las personas a quien podía encomendarse. Quiso también, como prudente y católico Príncipe, hacer una muy solemne protestación de la fe y de

cómo moría en la obediencia de la Santa Iglesia Romana y del Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes y Ministros de ella. Esto había él mostrado bien en el discurso de su vida, y lo dejamos advertido en cien lugares de esta historia. A su confesor le pareció tenía buena forma una protestación de fe que pone Ludovico Blosio en su segundo libro; por allí la hizo; ahorraré yo de ponerla aquí, pues está impresa en romance y podrá leerla quien quisiere.

Como en todo fué tan Rey y de tan alto ánimo este Príncipe, parece que aun quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. Estábala aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo, lo que a otros atemoriza, que dijera el que le viera no era él el que estaba tan al cabo, sino negocio de otro. Maravillábase mucho de esto D Cristóbal de Mora, con quien comunicaba más en particular sus cosas, y díjome por veces que así pasaba de las cosas grandes que tocaban al gobierno y disposición de los Reinos, a las de su muerte y entierro, como si fueran todas de un género, y con tan sereno semblante las unas como las otras. Muchos días antes que muriese mandó a los religiosos que tenían la llave viesan en secreto el ataúd de su padre, el gran Emperador Carlos V; le midiesen y abriesen para ver cómo estaba amortajado, para que le pusiesen a él de la misma manera. Seis años antes, estando en Lo-

groño (pasaba a las Cortes de Aragón que se celebraron en Tarazona), mandó a Juan Ruiz de Velasco abrir un cajón de un escritorio que llevaba consigo; mostróle un crucifijo pequeño que estaba dentro de una caja, y unas velas de Nuestra Señora de Monserrat, y díjole: «Acor- daos bien, para cuando os pida esto, que están en este cajón estas velas y este crucifijo que fué del Emperador mi padre, que murió con él en la mano, y así pienso yo morir.» Ahora, cuatro días antes de que falleciese, le pidió esto al mismo Juan Ruiz, como si hubiera dos días que le había hecho esta prevención. Abrió Juan Ruiz la caja, vió que con el mismo crucifijo estaban dos disciplinas, la una tan gastada que mostraba bien el uso y ejercicio de ella, y diciéndoselo al Rey, respondió que no la había gastado él, sino su padre, cuyas eran, y es así, como advertí en otra parte, que el santo Emperador se disciplinaba en compañía de los religiosos cuando hizo aquella hazaña de recogerse en nuestro Monasterio de Yuste, triunfando de una vez de todo el mundo. Mandó colgar el crucifijo por dentro de las cortinas de la cama, frontero de sus ojos, y como joya tan preciada, le encargó delante del Príncipe nuestro Señor, que después de muerto le tornase a la misma caja y se guardase para que el mismo Príncipe y nuestro Rey que hoy es se aprovechase de él en semejante trance. Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca cuando

rindieron el espíritu al Señor mismo que lo había dado. A D. Fernando de Toledo encargó guardase las velas, para que le diese una cuando fuese hora, junto con el crucifijo. Mandó en estos mismos días hacer su ataúd, y que se le trajesen delante, y daba en todo la traza y modo, como si fuera negocio para otro; seguridad grande del alma y señal de la certeza con que partía para su propia patria. Quiso también hiciesen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y así encerrado no pudiese exhalarse algún mal olor. La madera de este ataúd, porque lo digamos aquí de paso, es de unos árboles grandes que se crían en la India Oriental (podemos llamarlos árboles del Paraíso); allá le llaman Angeli. Había servido la viga de que se hicieron las tablas de quilla o fundamento de un galeón de los de Portugal que se llamó «Cinco Chagas», porque su divisa o empresa eran las cinco llagas de nuestra salud. Veinte años hacía, poco más o menos, que estaba en aquel puerto de Lisboa desechada en aquella arena, hecho poyo y descanso de pobres; vino a noticia de Su Majestad, y no sé por cuál motivo del cielo le mandó traer a a esta su Casa de San Lorenzo, que por ser muy grande no fué poco lo que costó el porte. Mandó se hiciese de él la cruz que es el remate del altar mayor, y, digámoslo así, de toda la fábrica, y sostiene un crucifijo de bronce dorado que creo es el mayor y mejor que jamás

se ha fundido, porque tiene nueve pies y más de largo. Después se hizo otra cruz del mismo madero, en que está otro crucifijo de más liviana materia. Púsose en un altar en la iglesia junto a la puerta del claustro principal. Quien considerare tantas circunstancias del árbol, de su nombre, de la tierra, del oficio y del fin, podrá sin miedo decir que son cosa más que acaso. Sobró todavía un gran pedazo de madera, que hoy en día está a la entrada de la puerta principal del convento, sirviendo también de asiento de pobres; plegue a Dios no sea tan presto menester. Aforróse por dentro en raso blanco el ataúd, por fuera en una tela de oro negra, con una cruz de raso carmesí y la clavazón dorada.

El viernes 11 de septiembre, dos días antes que muriese, las dos luces de sus ojos, el Príncipe nuestro Señor y su hermana la Señora Infanta, entraron a despedirse de su padre y a que les diese su bendición; trance de gran sentimiento de ambas partes, y sin duda fué bien menester aquí ser tan Reales estos corazones, y tan llenos de fe, para que no hiciese tan amarga despedida algún daño. Padre tan querido, obedecido y respetado; hijos tales, tan obedientes, tan largo tiempo criados, tan tiernamente queridos, duramente se arrancan de las entrañas, si no ablandase la esperanza viva de tornarse a gozar sin sobresalto de jamás perderse y apartarse. Dijimos las pláticas y advertencias que Su

Majestad dió a su hijo, sin aquéllas. En este mismo día le dió a su confesor, el padre Fray Diego de Yepes, un papel en que estaba escrita una singular doctrina que San Luis, Rey de Francia, dió a la hora de su muerte a su hijo Felipe, sucesor en el Reino, mandándole que después de él muerto se la leyese toda a su hijo el Rey nuestro Señor, sin mudar ni añadir cosa alguna en ella, porque los particulares ya los había tratado con él a solas, advirtiéndole de este papel que dejaba en poder de su confesor, previniéndoles a entrambos no dejasen de leerlo y oírlo, por ser cosa al parecer inspirada del cielo en el corazón de un Rey tan Santo. Así pasó (aunque lo adelantemos aquí) que el obediente hijo, el mismo día del entierro de su padre, llamó al confesor y le mandó le leyese aquel papel que había dejado. Oyóle atentamente y quedóse con él para tenerle como un continuo espejo en sus ojos; no le pongo aquí, porque ya anda en otros libros. En esta despedida, vuelto Su Majestad a la Señora Infanta, su hija, le dijo (según ella lo declaró) estas o semejantes razones: que pues no había sido nuestro Señor servido que él la viese casada antes de llevarlo de esta vida, como lo había deseado, le pedía se gobernase con la prudencia que hasta allí y procurase acrecentar la fe en los Estados que le dejaba, pues éste había sido su principal intento en dárselos, esperando de ella lo haría como se lo dejaba encargado,

y que lo dijese así a su primo y se lo pidiese de su parte cuando le viese. Con esto, Sus Altezas le besaron la mano y él les echó su bendición, y se salieron con el sentimiento que se percibe mejor en el alma que puede decirlo la pluma. Es muy digno de advertir que en aquel último abrazo de tan queridos hijos, la principal encomienda y las postreras palabras fueron el celo y aumento de la fe, más querida aún que los mismos hijos naturales y más arraigada en el alma, caso de eterna memoria. Había comulgado dos veces después que le dieron la Extremaunción, y quisiera él comulgar ciento, tan sin hartar era aquella hambre y sed que tenía de llegarse a la verdadera fuente de su sustento. El día antes que muriese le dijo misa su confesor en el oratorio, junto a su cama. Cuando allí la decían era casi siempre para comulgarle; como estaba tan acabado, había peligro en esto, porque no podía pasar la hostia. Quejóse el santo Rey de ello a D. Cristóbal de la Mora, y después a su confesor, agraviándose que no le había comulgado. Respondióle había convenido así por el inconveniente dicho; importunóle le comulgase con una forma de las que se guardan en la Custodia; tan entero estaba y tan deseoso de juntarse con Dios. Entretúvole el confesor, diciendo que lo consultaría con los médicos, y todo aquel día estuvo con esta pena y con estas ansias vivas, y con ella murió. Creo que luego le cumplieron

con hartura sus deseos, no ya al modo de los hombres, sino como un ángel.

La tarde antes de la última noche dijeron los médicos a D. Cristóbal de la Mora que Su Majestad se iba acabando aprisa; que se lo dijese claro, para que se aparejase a la partida, como si hubiera hecho otra cosa en el discurso de aquella enfermedad, y aun de su vida; pienso yo sabía harto mejor que ellos el punto. Díjosele, y escuchólo con alegre semblante, como quien tan asentada y conforme tenía su voluntad con la de su Creador. Había él dicho muchas veces en estos dos días postreros que le avisasen cuándo llegaba su hora, porque quería hablar con Dios y convertirse todo a él. Mandó llamar luego a su confesor y al Arzobispo de Toledo, a los confesores de Sus Altezas y al prior de su convento, para que todos le ayudasen en este punto extremo. Los religiosos de esta su Casa, que en todo el discurso de esta enfermedad mostraron bien el amor que a su Patrón y Señor tenían, acudieron ahora unos al coro, otros a la iglesia y por aquellas capillas y altares, ayudando con lágrimas y oraciones y otros ejercicios propios de este estado. Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada que duró más de media hora, llena de mucha doctrina y de cosas a propósito para aquel tiempo. Entre otras razones, le dijo que quien tanto había defendido y amparado la Fe Católica, la

Iglesia Romana, y al Sumo Pontífice, convenía que en aquel punto, como tan obediente hijo, confesase la misma Fe y obediencia de esto. Su Majestad, oyéndolo, dijo con voz tan clara, que lo percibieron todos: «Sí confieso y protesto»; que fué ratificar la misma protestación de la Fe que había hecho algunos días antes, como ya dijimos. Después de esta plática mandó al Arzobispo le leyese la pasión de San Juan; leyósele, declarándole algunos pasos devotos como mejor supo, mostrando en todos ellos el santo Rey un sentimiento admirable, como quien comenzaba ya a gozar de sus frutos y celestiales afectos. Cerca de la una de la noche llegó el confesor de su Majestad que hoy es, y le hizo otro razonamiento; escuchábalo todo el devoto Señor con alegre semblante, sin jamás cansarse de oír esto toda aquella noche en peso, que aun los muy sanos y fuertes se cansaban, y él les despertaba diciendo: «Padres, decidme más», que cuanto más se allegaba a la fuente, tanto crecía más la sed. Don Fernando de Toledo, que sirvió en ésta y en muchas enfermedades a su Rey con extremada diligencia, por el gran amor que le tenía, estaba cuidadoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Monserrat, que dijimos le había encomendado. Llegó a dársela a las doce de la noche, y díjole Su Majestad: «Guardadla, que aún no es tiempo»; que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenía de su hora. Certifican

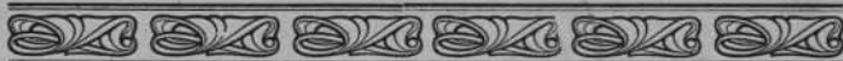
algunos caballeros de su Cámara dignos de toda fe, que Su Majestad pidió a nuestro Señor encarecidamente le hiciese merced que a la hora de su muerte cesasen sus dolores, para que con más entero juicio y sin que el alma tuviese necesidad de acudir a las cosas del cuerpo, ni sus males la embarazasen, pudiese contemplar sus divinas misericordias y abrazarse con él y tratar su salvación. Como tenían noticia de esto, estuvieron atentos a ver si el Señor concedía esta petición a su siervo; y advirtieron que día y medio antes, cuando ya los pulsos se apresuraban y daban señal de su fin, ningún género de dolor ni de sentimiento de tantos males como le cercaron para derribarle tenía, ni se vió en él muestra de hacer caso de ninguna cosa pasada más que si estuviera sano, teniendo con esto los sentidos, el juicio y la razón tan enteros, que hablaba, preguntaba, respondía y aun ordenaba como cuando estaba sano; merced y favor del cielo, premio de tan extremado sufrimiento y paciencia. Sucedieron aquí dos cosas dignas de advertencia, que confirman bien estos favores divinos. La primera, que tornándole a dar D. Fernando de Toledo la candela de Nuestra Señora de Monserrat, a las tres de la mañana, alzó el Rey los ojos y le miró riéndosele, y tomándosela de la mano, dijo: «Dadla acá, que ya es hora.» No es aquél tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida sino gus-

tos; mas sí para aquellas dichosas almas que usaron de los oficios y dignidades y de las cosas de este mundo como si no usaran; éstos sí ríen en este punto, y en él se comienza su alegría por las señas y prendas que reciben de su descanso, y porque les dice ya el espíritu que reposen de sus trabajos. La otra fué que luego, a hora y media antes que expirase, tuvo un paroxismo (no sé si lo llamemos así) tan grande, que todos entendieron que había ya acabado. Y estando tristes y derramando lágrimas, súbitamente abrió los ojos con una viveza extraña y los puso en el crucifijo que tenía Don Fernando en las manos, que era aquel de su padre; alargó la mano y tomóselo, y con gran devoción y ternura le besó muchas veces. Quedáronse admirados ver tan repentina y sobrenatural viveza, y que tan súbito tornase en sí tan advertido y tan entero. Entendióse de lo uno y de lo otro que nuestro Señor usaba con él de grandes misericordias y le revelaba dentro su bien y su salud, que reconocía en sí mismo el fruto del árbol santísimo de la Cruz, medio de la salud de las almas; y así besaba y adoraba las imágenes de fuera, por ser el traslado y la leña del bien que gozaba dentro. Ultimamente, el prior de San Lorenzo le leyó la recomendación del alma que está en el Manual Romano, devota y de tantas consideraciones llena; advirtiéndola bien y dió señas de alegría con ella. Perseveró toda la noche (con

gran admiración de los que allí estaban) en estos santos ejercicios, y diciéndole una vez el Dr. Juan Gómez que podía reposar un rato, para cobrar aliento y tornar a ellos, respondió que no era tiempo.

Las últimas palabras que pronunció y con que partió de este mundo, fué decir como pudo que moría como católico en la Fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana; y besando mil veces su crucifijo (teníale en la una mano, y en la otra la candela, y delante la reliquia de San Albano, por la indulgencia), se fué acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma, y se fué, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del Reino soberano. Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Carlos V, en la misma Casa y templo de San Lorenzo que había edificado, y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alba rompía por el Oriente, trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la misa del alba los niños del Seminario, la postrera que se dijo por su vida, y la primera de su muerte, a 13 de septiembre, en las Octavas de la Natividad de Nuestra Señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año 1598. En el mismo día que catorce años antes había puesto la postrera piedra de todo el cuadro y fábrica de esta Casa (circunstancias de consideración).

En el año de su edad de setenta y dos, porque nació a 21 de mayo el año 1527. Recibió el gobierno de estos Reinos el año 1556. Comenzó a edificar este Monasterio el año de 1563, a 23 de abril. Gozóle, después de haber puesto la postrera piedra el año 1584, en el mes de septiembre, catorce años justos, que es otra particular merced del cielo. Cuantos nos hallamos allí presentes celebramos su tránsito con grande copia de lágrimas, todas pocas para tan grande pérdida, y aun a muchos aún no se les han enjugado ni le acabarán de llorar hasta que se acabe la vida.



ÍNDICE

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I. Sucede Felipe II a su padre. Gana la batalla de San Quintín y determina edificar el Monasterio de El Escorial	7
II. Vuelve el Rey Don Felipe de Flandes a España; escoge sitio para la Corte y el Monasterio.....	15
III. Comiézase a fundar la casa de San Lorenzo el Real. Pasa el Rey en Guisando la Semana Santa.....	19
IV. Piedad y devoción del Rey.....	26
V. Pasa el Rey a vivir al Monasterio, donde recibe la noticia de la victoria de Lepanto	31
VI. Manda el Rey trasladar los cuerpos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz y Reina Doña Juana y Princesa Doña María y de las Reinas de Francia y Hungría y otras personas reales.....	37
VII. Planta de la Iglesia. Vida que hacía el Rey en el Monasterio.....	40

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
VIII. Sigue la fábrica de la Iglesia, a vista del Rey. Devoción de éste al Santísimo Sacramento.	50
IX. Amotínanse los oficiales, y lo que el Rey y la Reina y personas reales hicieron aquí en el año de 1577.....	60
X. Nueva estancia del Rey en el Convento. Toma de posesión del Reino de Portugal. Epidemia de gripe.....	72
XI. Traslación del Santísimo a la nueva Iglesia del Monasterio, con asistencia del Rey.....	81
XII. Pérdida de la Armada Invencible.....	89
XIII. Bautizo de un judío. Devoción del Rey a las reliquias de los Santos.....	93
XIV. Iluminación que mandó hacer el Rey el día de la consagración de la Iglesia.....	98
XV. Sintiéndose morir, se hace llevar a El Escor- rial.....	102
XVI. La última enfermedad y feliz muerte del Rey Don Felipe II.....	105
XVII. Prosíguese el tránsito y muerte del Rey Don Felipe II.....	128

